

Trabajo Fin de Grado

Villafeliche: paisaje y memoria
Villafeliche: landscape and memory

Autor/es

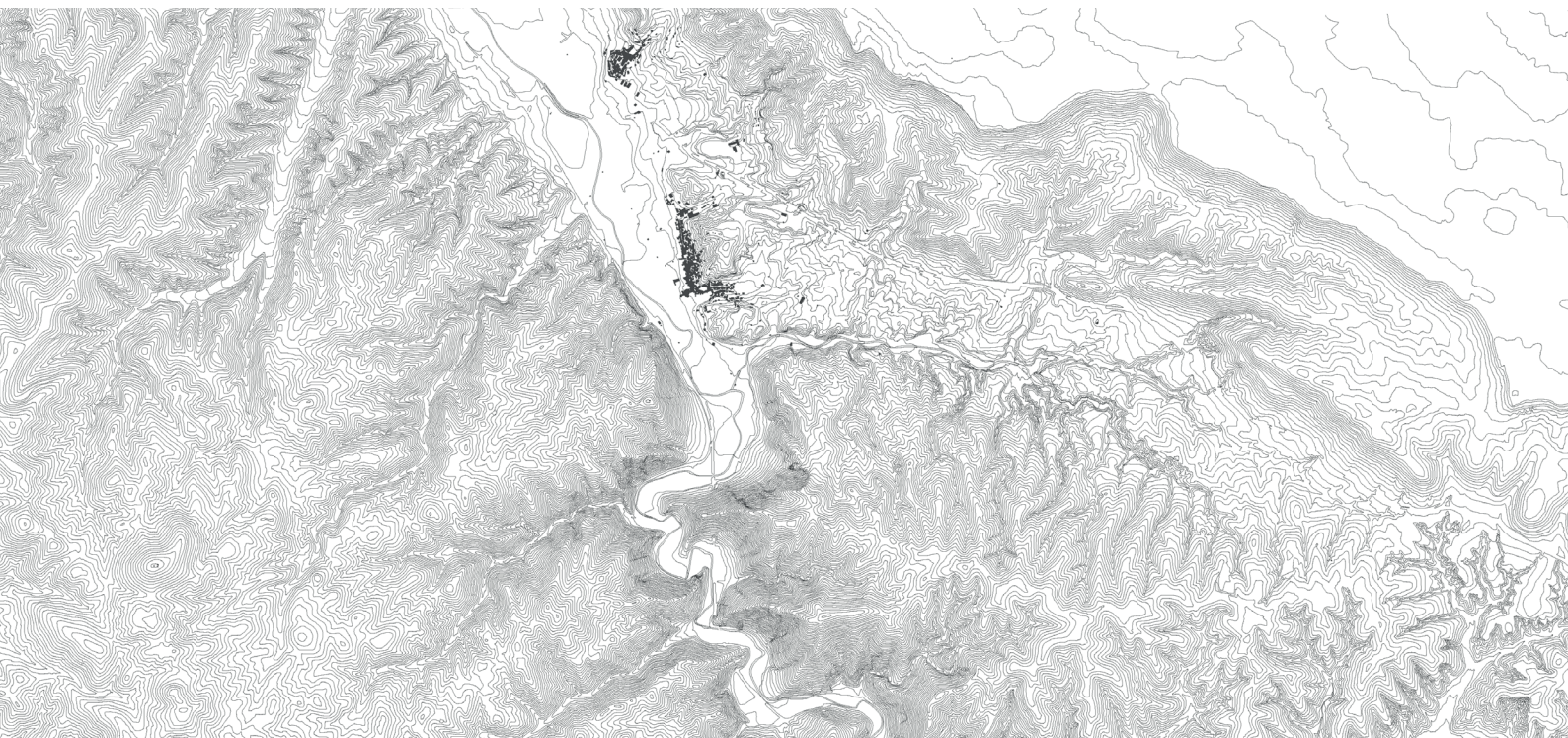
Lola Goyanes Martínez

Director/es

Raimundo Bambó Naya
Pablo de la Cal Nicolás

Escuela de Ingeniería y Arquitectura
2018

Villafeliche: paisaje y memoria



Lola Goyanes Martínez
Director: Raimundo Bambó Naya
Codirector: Pablo de la Cal Nicolás

Índice

1. Introducción	
1.1. Consideraciones previas y objetivos.	5
1.2. Metodología y fuentes.	7
1.3. Estructura y organización.	7
2. Los paisajes olvidados	
2.1. Hasta hoy, contexto y reseña histórica.	11
2.2. El paisaje de la agricultura.	17
La Vega.	18
El secano.	20
2.3. El paisaje de la cerámica.	23
Historia.	25
Arquitectura.	27
Materia.	29
Repercusión.	32
2.4. El paisaje de la pólvora.	39
Historia.	41
Arquitectura.	43
Materia.	45
Repercusión.	47
3. El paisaje desde la lejanía.	49
4. Bibliografía.	54
5. Anejos: Fotografías de ayer y hoy.	57



Fig. 1. Mariano Martínez y Mártires Gil en el Calvario, 1990.

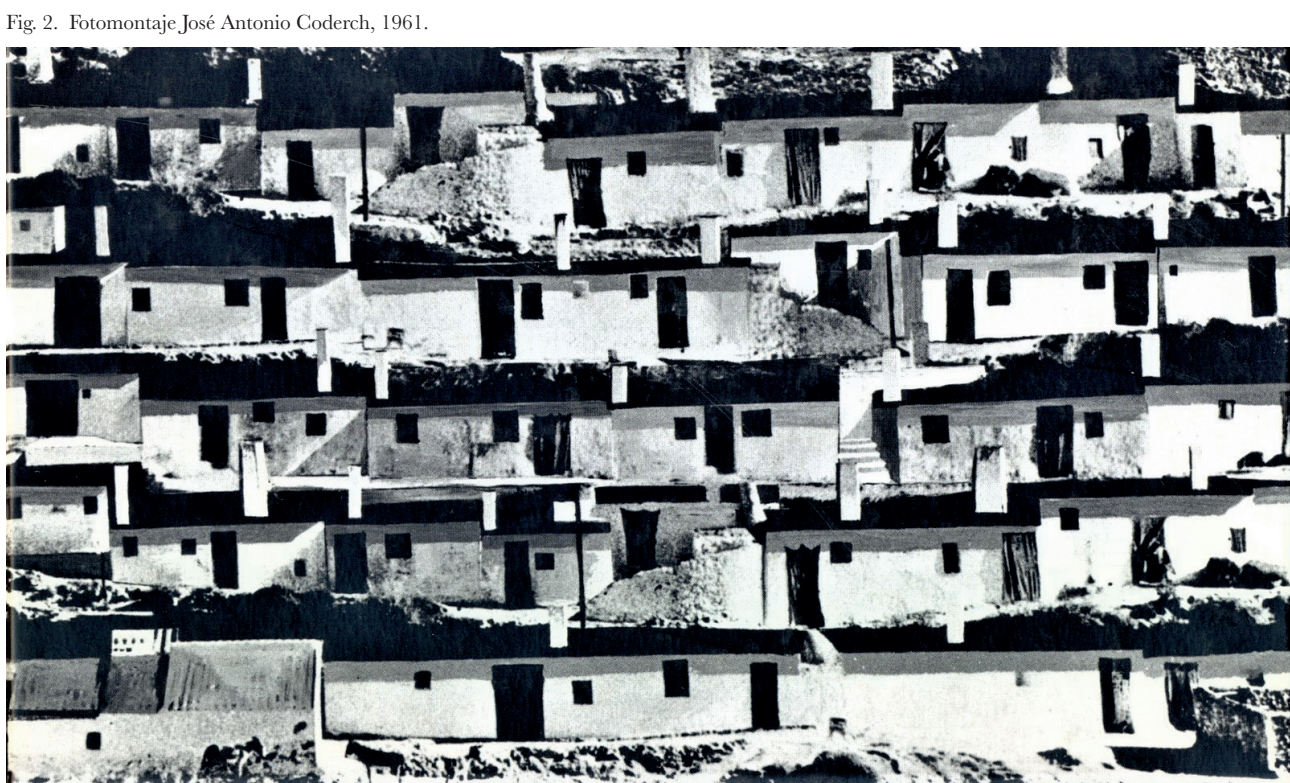


Fig. 2. Fotomontaje, José Antonio Coderch, 1961.

1. Introducción.

1.1. Consideraciones previas y objetivos

Comencé este trabajo en octubre del año 2016 sin saber a donde me llevaría ni a que me estaba enfrentando. Durante los años de carrera aparecieron proyectos en entornos vernáculos, libros como *Architecture without architects*¹ y figuras como José Antonio Coderch que hicieron despertar mi curiosidad por ese imaginario arquitectónico que había más allá de la ciudad, el arquitecto y el urbanista. Al principio con una mirada más estética que analítica me enfrente a los paisajes de mi infancia con intención de retratarlos con mi cámara. Cuando llegó el momento de elegir el tema del Trabajo Fin de Grado no dudé, quería poder estudiar ese lugar que era el Villafeliche de mi infancia desde una perspectiva más compleja. Sé que elegir este tema fue un gesto romántico que creí que me acercaría a familiares que ya no están y una forma de vida que no pude conocer. Villafeliche es “mi pueblo”, un lugar teñido por los recuerdos de infancia y las historias de toda mi familia materna que han creado un espacio imaginario que se mueve entre el lo físico y lo soñado.

La publicación de *La lluvia amarilla* de Julio Llamazares en 1988² fraguó los sentimientos de toda una generación de hijos de inmigrantes en la que la relación con sus raíces era algo agri dulce e inevitable, al igual que la despoblación que estas huidas habían provocado. Esos sentimientos han llegado a parte de mi generación que relacionamos el pueblo con la infancia, el verano y sobre todo con nuestros abuelos. *La España vacía* de Sergio del Molino³ pone de manifiesto como ese sentimiento se mantiene latente de una forma cada vez más poderosa,

de tal manera que los pueblos, ya no son un entorno real, si no imaginado. Este lugar del imaginario colectivo trata de anclarnos a unas raíces rurales que dejamos atrás hace mucho tiempo pero que tampoco nos permiten avanzar, quizás por haber intentado negarlas.

Mi trabajo habla de ese espacio subjetivo e intenta entender el porqué del lugar y la forma que conocí. Dar unos pasos atrás para leer en el territorio lo que desde la cercanía no pude ver. Sólo se trata de mi manera de conciliarme con los recuerdos perdidos de generaciones de una familia que nunca conoceré.

Mis abuelos emigraron a Barcelona en 1963. No fueron los únicos, desde 1940 a 1980, Villafeliche pasó de tener 1098 habitantes a 349. La historia del pueblo entonces cambió, pues para entenderla ya no basta con mirar al territorio cercano, si no que forma parte de la gran escala. Quienes se marcharon conservaron sus casas y las cuidaron con esmero con la promesa de volver cada verano con sus hijos y nietos. Mi narración acaba ahora mirando al futuro en todo lo que aún puede ser.

1. Bernard Rudofsky, *Architecture without architects. A short introduction to Non-Pedigreed Architecture* (Nueva York: University of New Mexico Press, 1964).

2. Julio Llamazares, *La lluvia amarilla* (Barcelona: Seix Barral, 1988).

3. Sergio del Molino, *La España vacía: Viaje por una España que nunca fue* (Madrid: Turner Noema, 2016).

1.2. Metodología y fuentes

El trabajo es la narración de las relaciones existentes entre el pueblo y su territorio por medio del entendimiento de sus procesos productivos y la elaboración de unas cartografías que plasmen su espacialización y el paso del tiempo.

Este largo proceso comenzó con la búsqueda y análisis de toda la información y cartografías existentes sobre el propio pueblo y la ribera del Jiloca. La principal fuente de información es el propio núcleo de Villafeliche, su lugar y su gente, en gran parte plasmada en el libro *Villafeliche, ayer* de Toni Martínez⁴ que recopila imágenes de los vecinos y el pueblo desde principios del siglo XX. Gracias a estas fotografías y los testimonios e historias de muchos de sus vecinos ha sido sencillo reconstruir la historia de los últimos alfareros, polvoristas y artesanos del pueblo.

Libros de la historiadora Isabel Álvaro Zamora, como *Cerámica Aragonesa*⁵, han sido indispensables para entender y referenciar el crecimiento histórico del pueblo y su morfología actual. Las cartografías originales proceden de múltiples visores nacionales o autonómicos y de fondos históricos.

Todo este trabajo previo de investigación en el que me apoyado en el trabajo de historiadores fundamentalmente, me ha permitido hacer unas cartografías actuales del municipio, con el patrimonio aún visible y las trazas históricas presentes en el paisaje. El trabajo realizado por James Corner, especialmente en *Taking measures across American landscape*⁶, ha sido de gran ayuda para abordar estas cartografías de gran escala donde lo más importante es saber que es realmente lo que sé quiere explicar con cada cartografía. Estos planos son parte del proceso, ayudan a investigar y a poner en relación aspectos a primera vista ajenos entre sí del pueblo pero que se hayan profundamente ligados.

Palabras como patrimonio, historia y paisaje se repiten en los textos, que sólo tratan de narrar la historia del lugar desde una mirada urbana, territorial y algo arquitectónica.

1.3. Estructura y organización del trabajo

Villafeliche se puede explicar desde su posición geográfica y en su relación con la tierra y el agua. Explicar el paisaje y la arquitectura requiere comprender estas complejas relaciones, en su mayor parte de producción. El trabajo consta de una pequeña introducción histórica en la que se presenta el propio pueblo y su patrimonio y de cuatro capítulos en que éste se explica desde las complejas relaciones entre sus industrias y el tiempo: la agricultura, la cerámica, la pólvora y la falta de ellas.

4. Toni Martínez Gil, *Villafeliche, ayer* (Zaragoza: Diputación provincial de Zaragoza, 2017)

5. María Isabel Álvaro Zamora, *Cerámica Aragonesa* (Zaragoza: Ibercaja, 1988).

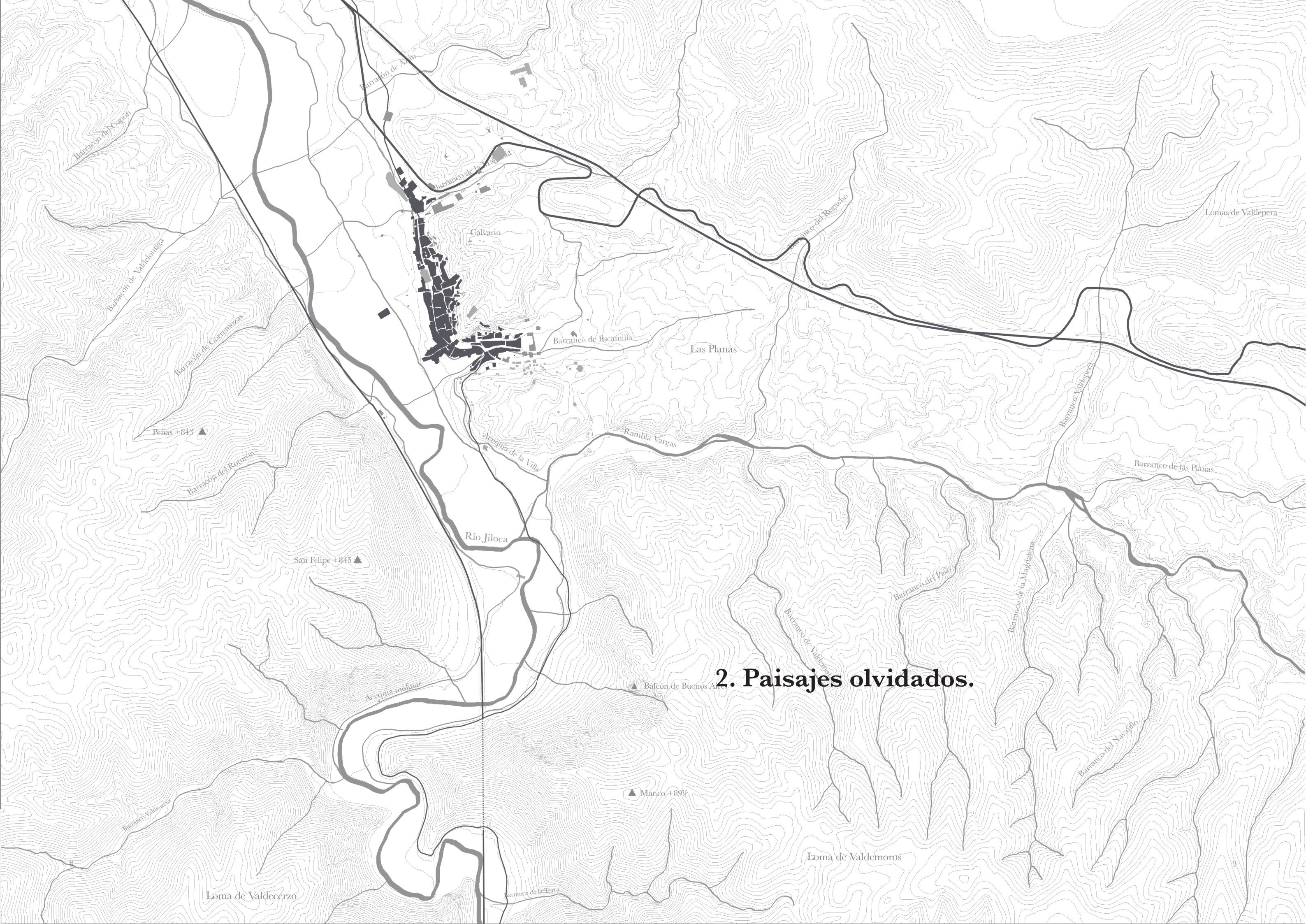
6. James Corner y Alex MacLean, *Taking Measures across American landscape* (Nueva York, Yale University Press, 1996).

Fig. 3. Topografía del Municipio de Villafeliche, 1914.

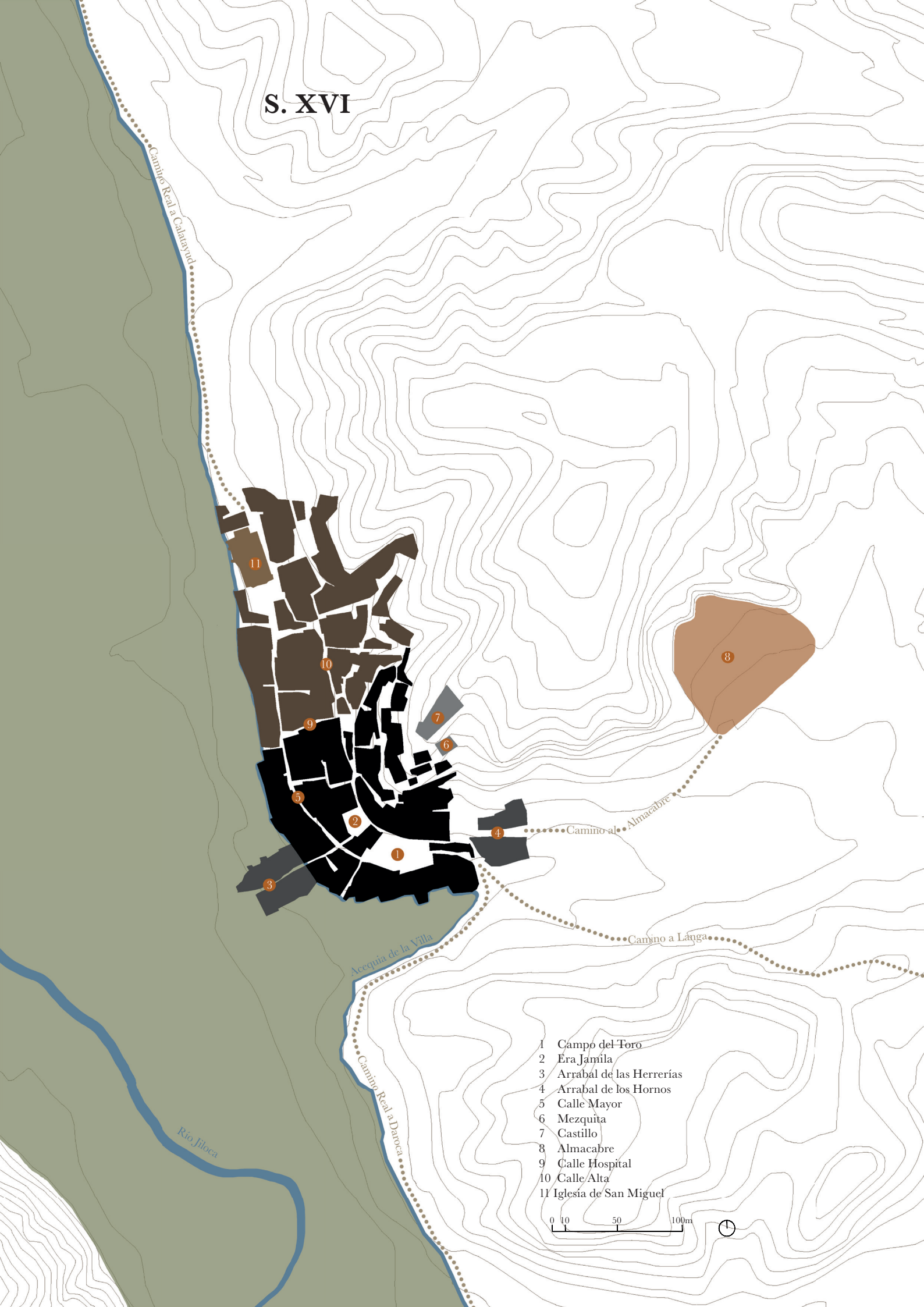


Fig. 4. Balcón de Buenos Aires, 2017.





2. Paisajes olvidados.

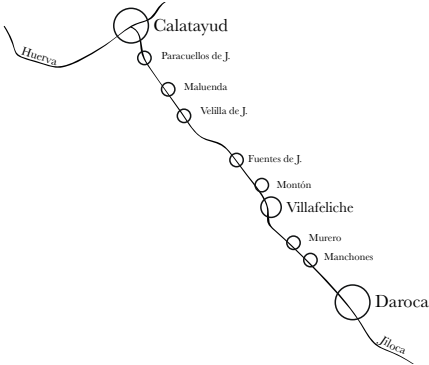


2.1. Hasta hoy. Contexto y reseña histórica.

Villafeliche es uno de los nueve pueblos de la ribera del Jiloca situados entre Daroca y Calatayud. Una calzada romana unía las ciudades de Agiria (Daroca) y Bilbilis (Calatayud) siguiendo el trazado del río. Villafeliche fue fundado por los musulmanes alrededor del año 714 d.C., posiblemente sobre algún poblado más antiguo del que no quedan restos⁷. En este punto casi equidistante entre las dos ciudades, el paisaje cambia: el estrecho valle de pizarra del Jiloca se convierte en una vega de tierras blandas, con una topografía más suave. El pueblo se asentó a pies de un monte de arcillas y yesos en el que se construía con lo excavado, aprovechando la inercia del propio monte. Esta situación fue la que hizo posibles las prósperas industrias que caracterizaron al pueblo, gracias a poseer las materias primas y lugares propicios para su producción.



El patrimonio de mayor antigüedad del pueblo es su propia urbanización que continua manteniendo lo que fueron las trazas de la villa medieval musulmana. Al igual que otros asentamientos de nueva planta árabe, los restos más antiguos se localizan próximos al castillo, en la zona



7. Jorge Juan Eiroa, “Síntesis histórica de la ciudad de Zaragoza”, Guillermo Fatás (coordinador). *Guía histórico-artística de Zaragoza* (Zaragoza: Delegación de Patrimonio Histórico-Artístico del Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza, 1982), 17.

8. Alonso Sancho, “Calles y paisajes”, Toni Martínez Gil (coordinador). *Villafeliche, ayer* (Zaragoza: Diputación provincial de Zaragoza, 2017), 11.

9. En los archivos históricos medievales la población se cuenta como fuegos, es decir, hogares o unidades familiares, siendo muy complejo la conversión en habitantes por no existir una referencia clara de nacimientos y defunciones.

10. Francisco Javier García Marco, Comunidades mudéjares del Jalón medio y del Jiloca en el siglo XV (Zaragoza: Universidad de Zaragoza, tesina 1988), 88.

11. María Isabel Álvaro Zamora, “Inventario de dos casas de moriscos en Villafeliche en 1609: su condición social, localización de las viviendas, tipología y distribución interior, y ajuar, *Artigrama* 2 (1985): 95.

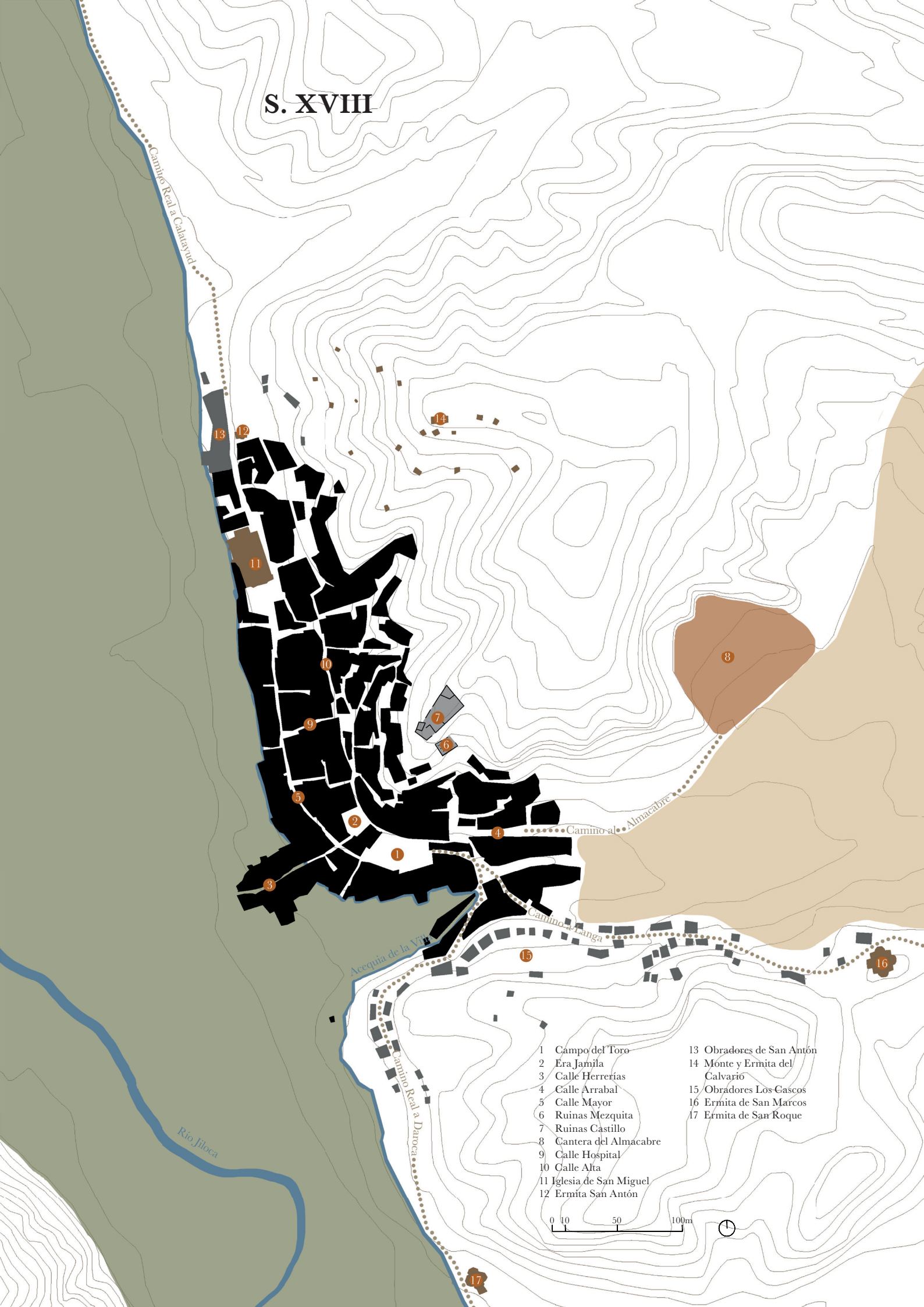
más alta de la colina. Esta situación protegía al pueblo de las crecidas del Jiloca y facilitaba la defensa del pueblo. *Campo del Toro* (actual plaza Mayor) era el núcleo comercial del pueblo, se desarrollaba a dos alturas, de las cuales de la menor salían caminos de las murallas hacia arrabales y campos, y la mayor se llegaba a la *Era Jamila*. Esta plaza de menor tamaño que todavía conserva su topónimo árabe poseía numerosas tiendas de alfarería y conectaba con la parte alta del pueblo donde se encontraba la mezquita y el castillo. Los primeros arrabales fueron las Herrerías y los Cascos (alfarería), ambos ocupando las zonas más próximas al Campo del Toro extramuros. Los caminos llevaban a las zonas de cultivo situadas al suroeste y hacia el este, donde se ubicaba el cementerio musulmán o *Maqbara*, más tarde convertido en alfar del que se aún se conserva el nombre *Almacabre*⁸.

En el año 1120 Alfonso I reconquista Calatayud y la ribera del Jiloca poniendo fin al gobierno musulmán. El nombre árabe del pueblo se cambió, cayendo en el olvido, y se bautizó como Villa Félix que no tardo en evolucionar al actual Villafeliche. A pesar del cambio de poder y los intentos por repoblar las zonas conquistadas, Villafeliche continuó

Fig. 5 (anterior página)
Cartografía siglo XVI.

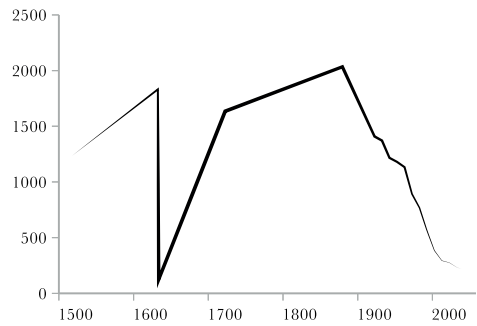
Fig. 6 (arriba)
Situación de los pueblos de la vega respecto al Jiloca.

Fig. 7 (izquierda)
Plano geológico simplificado.
Naranja: arcillas.
Verdes: limos.
Gris: pizarras.



siendo mayoritariamente mudéjar. En 1495 se censan 261 fuegos⁹ de los cuales 197 eran mudéjares¹⁰. Durante estos siglos de convivencia se construyeron nuevos barrios alrededor del Campo del Toro, como el de las Herrerías⁵ o el barrio de los Cristinos¹¹. Los cristianos edificaron las primeras ermitas e iglesias y un nuevo castillo se construyó sobre el anterior. Las prósperas industrias de la cerámica y la pólvora siguieron creciendo consolidando zonas de obradores y una nueva acequia Molinar que serviría a la fabricación de la pólvora. La llamada acequia de la Villa, que permitía regar la zona de la Vega, se realizó durante esta época. El paso de peregrinos de Santiago por el pueblo y las fuertes epidemias medievales llevaron a construir un pequeño hospital, al igual que diferentes ermitas.

Tras la reconquista de Granada en 1492, las políticas que habían permitido la convivencia durante cuatro siglos cambiaron. En 1525 todos los mudéjares fueron obligados a convertirse al cristianismo, quedando el municipio separado entre los nuevos y viejos cristianos por la calle Hospital, a pesar de que las familias con más tradición en la Villa eran precisamente las de origen musulmán. Esta conversión sirvió de poco, ya que en el año 1610, todos los moriscos fueron expulsados de su hogar, mil setecientos siete de ellos abandonaron Villafeliche que quedó . prácticamente despoblado con apenas noventa habitantes¹². Su recuperación, sin embargo, fue rápida gracias a las potentes industrias cerámica y de la pólvora que atrajeron a nuevos habitantes.



Los siglos XVII y XVIII fueron de un rápido crecimiento urbano gracias a la gran riqueza generada por obradores cerámicos y por las recién nombradas Reales Fábricas de Pólvora¹³, que regularizaron la producción de pólvora de los molinos propiedad de los vecinos. Trabajos complementarios, como la fabricación y extracción de materias primas o el de los arrieros encargados de hacer llegar la pólvora a su destino. Gracias a esta estabilidad económica se construyeron numerosas ermitas e iglesias para conmemorar a santos como San Roque o San Miguel y algunos edificios civiles como el Ayuntamiento o la Lonja. El núcleo urbano siguió creciendo con viviendas hacia el norte, sobre la acequia de la Villa, donde la topografía era más llana.



12. María Isabel Álvaro Zamora, “Inventario de dos casas de moriscos en Villafeliche en 1609: su condición social, localización de las viviendas, tipología y distribución interior, y ajuar”, *Artigrama* 2 (1985): 97.

13. María Isabel Álvaro Zamora, “La alfarería y producción de pólvora en Villafeliche (Zaragoza): su interrelación y proyección hacia América (Nueva España)”, *Artigrama* 5 (1988): 171.

Fig. 8 (anterior página)
Cartografía siglo XVIII.

Fig. 9 (abajo)
Gráfica población 1500-2010.

Fig. 10
Extracto mapa del Reino de Aragón, 1730.



El siglo XIX fue difícil para los habitantes de Villafeliche: el cierre de las Reales Fábricas de Pólvora en 1865 supuso la pérdida del monopolio que sustentaba a gran parte de la población. A pesar de ello, la pólvora se siguió produciendo de forma clandestina, pero ya no era capaz de soportar la economía del pueblo. Los alfares, muchas veces relacionados con el negocio de la pólvora, también fueron desapareciendo durante este siglo, quedando a principios del siglo XX apenas cuatro familias que continuaran con el tradicional oficio.

Con la pérdida de estas dos industrias, los habitantes tenían sólo la agricultura y la ganadería como recursos. Las esperanzas se centraron en las nuevas infraestructuras que llegaron al pueblo, como la carretera Sagunto-Burgos, que tomaba el trazado del antiguo Camino Real o, especialmente, la vía

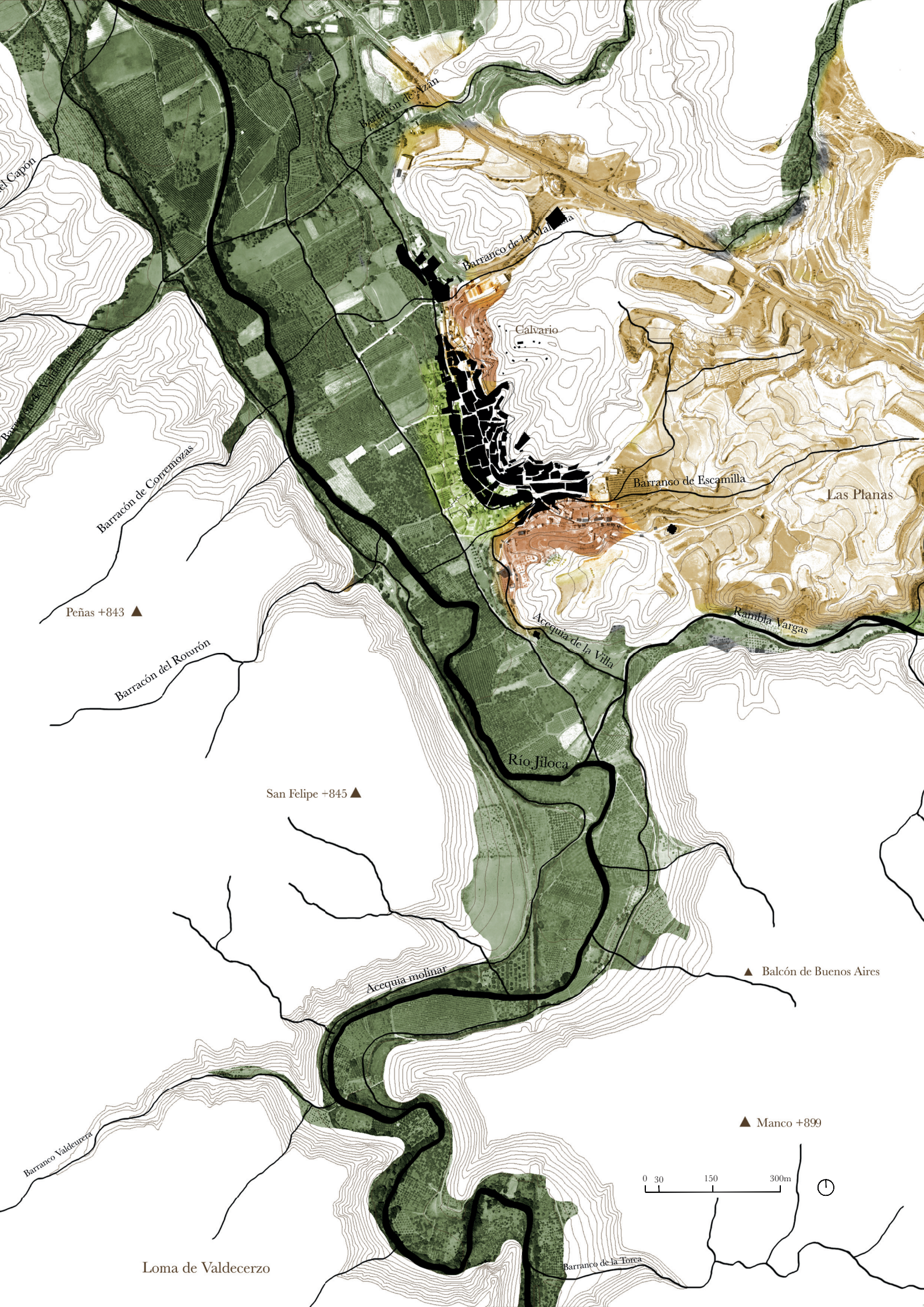
del ferrocarril “Central de Aragón” inaugurado en 1901. El teléfono y la electricidad llegaron en 1925, convirtiendo al antiguo molino harinero en una pequeña central eléctrica para los pueblos de alrededor. Nada de esto evitó que el proceso de emigración a grandes ciudades continuara, proceso que se acentuó durante la Guerra Civil de 1936. La postguerra fue incluso más dura. Muchas familias que habían resistido mal que bien se marcharon al fin a ciudades como Zaragoza o Barcelona donde parecía haber un futuro más sencillo.

El pueblo ya no ha vuelto a crecer, con los años muchas de las casas han sido abandonadas y han acabado colapsando y, a pesar de que muchas familias siguen teniendo una casa en la que volver durante el verano, los inviernos apenas cuentan con 80 habitantes.



Fig. 11 (anterior página)
Cartografía siglo XX.

Fig. 12
Villafeliche desde San Felipe,
1940.



2.2. El paisaje de la agricultura.

La escala del paisaje de la agricultura abarca mucho más que el núcleo de la población, necesitando observar el territorio desde la lejanía para entenderlo. El municipio de Villafeliche se extiende más allá de la Vega de Jiloca, llegando hasta el *Rafe* de Miedes por el este y más allá de los altos de San Felipe y Peñas por el oeste. Villafeliche es un municipio profundamente agrícola por su situación geográfica respecto al río Jiloca principalmente, siendo el pastoreo una actividad menor, al contrario que en zonas tan próximas como Miedes, donde la falta de una zona fértil como la Vega obligó a otra explotación del monte. El Municipio de Villafeliche tiene aproximadamente 2229 Ha, de las cuales solamente se explotan en la actualidad 267, entorno al 12%.

Si comenzamos nuestro recorrido junto al pueblo podemos imaginar fácilmente una zona delimitada por la acequia de la Villa y la acequia molinar más allá del Jiloca, La Vega del Jiloca. Esta zona de suave topografía corresponde con las terrazas aluviales, coincidiendo con el periodo de regreso de 500 años¹⁴. El limoso terreno se utiliza principalmente para el cultivo de frutales, apareciendo una pequeña zona de huertos en el llamado Barranco del Ojo, muy próximo a la Plaza Mayor. Las Planas se sitúan entre la Rambla de Vargas y la antigua carretera. Esta zona de bancales y suelo arcilloso es el lugar de plantación del cereal, fundamentalmente trigo, en rotación. Más allá de la carretera, la topografía sube rápidamente dificultando su explotación. Hacia el sureste, en dirección a Murero surge una pequeña zona de suelos sueltos

y pedregosos donde encontramos plantaciones de viñedos, almendros y cerezos, en mucha menor proporción.

En muchos de los campos aparecen pequeñas construcciones usadas para guardar las herramientas para el trabajo de la tierra y en las zonas más apartadas del pueblo parideras. Estas pequeñas construcciones servían a pastores como lugar donde cobijarse durante las noches. Los caminos unen todos los campos con Villafeliche y con los pueblos más cercanos, donde se encontraban los graneros y eras donde se almacenaba y limpiaba lo cultivado. Estos almacenes se encuentran adosados en muchos casos a las propias casas en las construcciones del siglo XIX y XX o se encuentran en las últimas plantas y sótanos en el caso del núcleo más antiguo del pueblo.

El paisaje de los montes de Villafeliche cambió radicalmente en el siglo XVIII. Hasta entonces las sierras estaban cubiertas de encinas, robles y pinos que se explotaban de forma comunal por parte de todos los vecinos. A partir de entonces la deforestación fue intensa dejando durante el siglo XIX una imagen de los montes desoladora, sin apenas ningún árbol en las laderas y prados. Las fotografías que ilustran este libro enseñan la evolución de la vegetación de estas zonas desde comienzos de 1900 hasta la actualidad. El monte se ha cubierto de zarzas y maleza al no haber existido ningún proceso de replantación y no haber población que lo mantenga.

14. De acuerdo con las cartografías de la Confederación Hidrográfica del Ebro y sus mapas de riesgo de inundabilidad.

Fig. 13 (anterior página)
Cartografía del paisaje de la agricultura.

15. A pesar de encontrarse a una altitud de más de 700 metros, se encuentra en un lugar donde el clima continental y el mediterráneo se encuentran, resultando en temperaturas extremas y pocas lluvias.

La Vega y los frutales

Los comienzos de la agricultura están ligados a la propia fundación musulmana del pueblo en el siglo VIII. Debido a las escasas lluvias¹⁵, la necesidad de una red hídrica fue necesaria para poder comenzar a cultivar. Las principales acequias árabes siguen manteniendo su trazado en la actualidad, aunque algunas se encuentran en la actualidad entubadas y soterradas. La principal acequia de origen árabe, llamada de la Villa, marcó durante siglos el sentido de expansión del pueblo y la situación de los arrabales de artesanos.

La disposición y explotación de las tierras tiene una estructura llamada “tradicional”, resultado de la parcelación feudal, en la que coexisten un gran número de pequeñas explotaciones familiares con un número menor de grandes fincas explotadas por trabajadores asalariados. La topografía que sube suavemente en la zona de ala Vega se encuentra con obstáculos que pretenden salvaguardar la Villa en caso de inundación.



Fig. 14
Antiguo cuadro de plantación a tresbolillo, donde se han plantado árboles jóvenes para rellenar los espacios, 2018.

La primera, popularmente *la corredera*, transcurre en paralelo al río a unos 120 metros del pueblo. Tiene un ancho de unos 3,5 metros, con una sección variable, elevada respecto de los campos colindante en la mayor parte de del trazado. Esta diferencia de cota desaparece conforme nos acercamos al final de pueblo y al Barranco del Ojo, donde el camino transcurre de nuevo a cota hasta encontrarse con el Camino Real que lleva a Murero. A su oeste discurre una rama de la acequia de la Villa, aunque manteniendo la cota de los campos a los que sirve el riego. La segunda barrera aparece en un punto medio entre la corredera y el pueblo, siendo varios muros de contención que que con diferentes retranqueos, ofrecen una nueva plataforma a unos tres metros del nivel de la Vega. La última barrera es el propio pueblo, elevado de esta segunda plataforma hasta tres metros en la zona norte. A sus pies, transcurre la acequia molinar, con accesos puntuales desde la calle principal del pueblo cada 50 metros aproximadamente, asegurando la fácil obtención de agua antes de que hubiese a corriente en las casas.

Los frutales explotados tradicionalmente son: perales, manzanos, melocotoneros y ciruelos. Estos árboles tienen necesidades similares y ciclos parecidos. La aparición de los primeros brotes comenza a principios de febrero, los riesgos de helada, que hacen perder gran parte de la producción, duran hasta principios de junio. A mediados de marzo aparecen las primeras flores y tras ellas las hojas y la evolución de dichas flores a los pequeños frutos. A partir de junio el riesgo de heladas desaparece, pero las granizadas son mucho más habituales e igual de peligrosas para la fruta. La época de *engorde* se inicia en julio, cuando se comienzan a regar los campos por el método tradicional de inundación en que la comunidad de regante distribuye turnos y en cada uno de ellos se abre la *zanja* correspondiente a cada campo. El riego siempre es regular, a pesar de las lluvias, tal como dice el refrán popular *agua del cielo no quita riego*. A finales de agosto se comienza a recoger la primera fruta, melocotones ciruelas y peras de agua, alimentos de consumo inmediato. En septiembre se recogen manzanas y peras de Roma, con una vida mucho más larga almacenadas en graneros y almacenes. Toda la fruta se recoge de forma manual, con el uso de escaleras. Con el frío de diciembre o enero se podan los árboles, antes de que comiencen las heladas y así evitar que el frío mate al árbol.

La mayoría de los campos en Villafeliche siguen siendo tradicionales, con la plantación de los árboles a tresbolillo¹⁶ aunque la forma de podar a cambiado. Antiguamente se trataba de conseguir una copa lo más grande posible, manteniendo con la poda en los árboles jóvenes una estructura de tre, por cada rama de mayor tamaño un nudo con tres ramas, y en los árboles adultos todas las ramas nuevas y de menor tamaño. Actualmente la poda es más severa, dejando árboles mucho más pequeños que simplifican la recogida de la fruta. Las nuevas plantaciones ya no mantienen

el esquema a tresbolillo, si no que se hace de forma matricial, ya que las copas son de una escala mucho menor y lo más importante es poder acercar la maquinaria a todo el campo. El nuevo sistema de riego por goteo en vez de inundación sigue siendo minoritario.

Los huertos se encuentran en su mayoría en el llamado Barranco del Ojo, siendo de pequeña escala y de auto consumo. No existe una tradición de horticultura más allá de estos pequeños recintos que se encuentran en muchas ocasiones ligados a las casas y tienen una estructura similar a los corrales del resto del pueblo.

16. Colocación de las plantas en filas paralelas de modo que cada planta de una fila quede en frente de un hueco (entre dos plantas) de la fila siguiente.

Fig. 15
Peral con antiguo modelo de poda y escaleras de recolección, 1935.



El secano

Los cultivos de secano, al contrario que los frutales, nunca tuvieron una escala de producción lo suficientemente grande como para comerciar con él, siendo su finalidad siempre el autoconsumo y el trueque dentro del mismo pueblo.

Las Planas se extienden entre la carretera y el monte, donde se eleva el Castillo y La Rambla de Vargas. Desde la ermita de San Marcos se puede ver la configuración abancalada de esta zona. Estos campos están formados por terrazas curvilíneas con escasa diferencia de cota entre sí unidas con acceso desde el camino a Langa. Los cereales plantados son fundamentalmente trigo y cebada, para consumo humano y animal respectivamente. El sistema usado para el cultivo de estos cereales se llama *año y vez*, de tal forma que las tierras se plantan durante un año y al siguiente se deja en blanco, sin cultivar, sirviendo como pasto a animales. El ciclo del trigo comienza a finales de verano o comienzos del otoño con el labrado del campo. Con la ayuda de un arado tirado por una mula se abren surcos en el suelo y se muele la tierra. Con la tierra ya aireada se siembra el

grano de forma manual, esparciendo el grano sobre el campo. Al acabar, se volvía a arar la tierra para envolver el grano y evitar que los pájaros acabasen con el grano. Después comenzaba una larga espera, en la que se esperaba que el tiempo acompañase a las cosechas, que hubiese lluvias, no helase y el sol llegase pronto. En mayo, las siembras de trigo comienzan a mudar su color del verde oscuro del invierno a tonos más amarillezcos. A principios de junio ya luce un amarillo intenso, pues se haya completamente seco. Se comenzaba la recolección de las *mieses*, espigas de trigo, de forma manual segando el campo con las hoces y guadañas. Se disponía el trigo en *atados*, que se llevaban hasta las eras.

Las eras, situadas en el monte del Calvario, entre el pueblo y el comienzo del vía crucis, eran espacios aterrizados circulares donde había buena corriente de aire y en los que el suelo se llenaba de cantos rodados. Normalmente existían unas pequeñas construcciones de adobe y ladrillo donde se guardaban las herramientas del trillado. Solían situarse entre dos eras, sirviendo la planta inferior

a una y la superior a otra. Reunir todo el trigo era un momento de fiesta en el que todo el pueblo iba a pasar el día a las eras. Las espigas, llamadas *parva*, se disponían en el suelo de toda la era para ser trilladas por dos mulas tirando del trillo. Estos utensilios eran piezas de madera de encina o pino de un tamaño de hasta un 1x1,5 metros con uno de sus lados curvado hacia arriba y en cuya parte inferior se disponían lascas de sílex afiladas colocadas y piezas metálicas dentadas entre ellas. Sobre los trillos se colocaban niños, o mujeres sentadas mientras se paseaba a la mula por la era una y otra vez. Para separar el grano de la paja tras la trilla, se aventaba la mezcla con orcas de madera, de forma que el grano volvía a caer en el mismo sitio, pero la brisa alejaba la paja. Los últimos granos se separaban cribándolos de los restos de paja y tierra que pudiesen quedar mediante cedazos de diferentes tamaños. El grano se llevaba al molino harinero próximo a la villa, donde cada familia molía su grano para tener harina hasta el año siguiente.

Las zonas situadas al sureste, cercanas ya a Murero eran mucho más duras y pedregosas y se utilizaron para cultivar cerezos, almendros y viñas, también en muy pequeña escala. Los riesgos y procesos de la fruta eran similares a la del resto de frutales explicados en el capítulo anterior exceptuando el riego. La recogida de la fruta comenzaba a comienzos de junio con las cerezas, seguía con las almendras en agosto y finalizaba con la recogida de la uva a comienzos de septiembre. Muchos vecinos del pueblo elaboraban en sencilladsbodegas vinos cosecheros jóvenes que se compartían en fiestas como las veraniegas de San Antón.

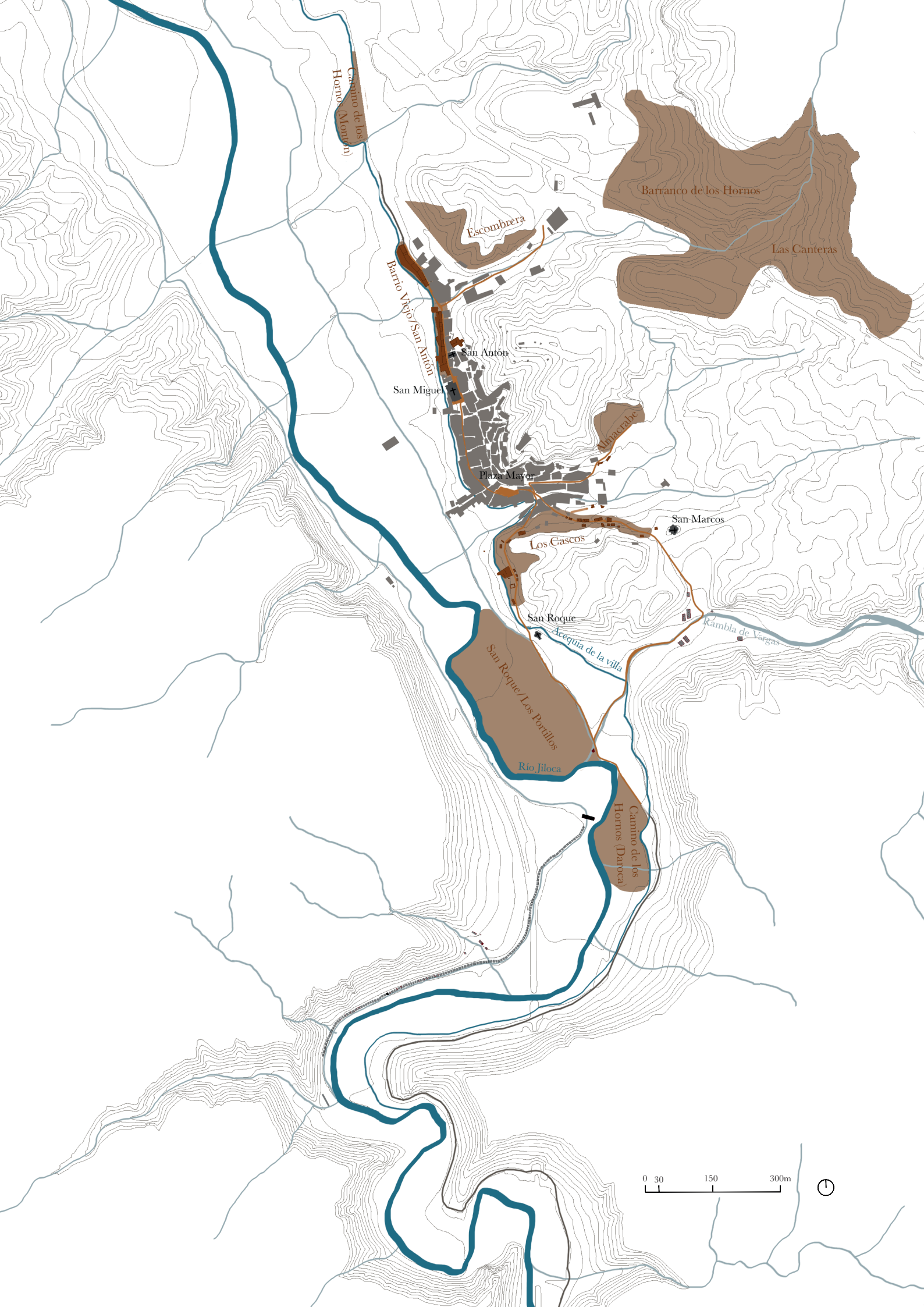
Además de estos cultivos de gran extensión, cada huerto o campo solía contar con otras especies con frutos complementarias. Las higueras eran muy apreciadas por su espesa sombra y por sus frutos que además de comerse frescos se secaban en los graneros como dulce para todo el año. En los huertos cercanos a la Villa aparecían en las verjas parras trepadoras de uva blanca que protegían estos espacios. Incluso las moras y los escaramujos que crecían silvestres en las lides de los caminos eran aparecidas para la preparación de mermeladas y licores.

Fig. 16
Vecinos con las mulas y el trillo sobre las eras, 1920.



Fig. 17
Las Planas, mayo 2017.





2.3. El paisaje de la cerámica.

El patrimonio de la alfarería en Villafeliche está presente en toda la población: el tapial y el ladrillo son las formas de construcción mas comunes y la tierra roja de los alrededores del pueblo tiñe el interior del mismo. Si comenzamos nuestro camino desde la antigua carretera, en su desvío al actual cementerio, dejamos a nuestro paso dos antiguas zonas de obradores y extracción de arcilla, *el Barranco de los Hornos* y *las Canteras*(s.XVIII), ahora completamente abandonadas y sin apenas rastros, pero algo más adelante a la derecha del camino aparece un monte de escombros, donde la cerámica cocida y magullada se devuelve a la tierra pero sin desaparecer en ella. Girando por la Calle San Antón al centro del pueblo, nos encontramos en la zona de la Tejería, donde se hallaban algunos de los obradores más antiguos de origen mudéjar y que correspondía con los últimos obradores existentes aún en el siglo XX.

Al final de la calle aparece la una pequeña plaza teniendo como fondo un muro de ladrillo rojo, bordeándolo llegamos a la una plaza de mayor tamaño que acoge la portada de la Iglesia de San Miguel y las antiguas escuelas. Debemos atravesar todo el pueblo -incluida la Plaza Mayor, núcleo histórico del pueblo- para dirigirnos a las ollerías de *Los Cascos* en el barrio del *Almacabre* (antigua *maqbara*). Además de los restos de los hornos se encuentras las hendiduras creadas por la extracción de arcilla durante siglos. El caminos lleva a las ruinas de San Marcos, donde la ermita barroca de tapial contaba con una pequeña portada de cerámica. Bajando por la Rambla de Vargas vemos como el pequeño monte

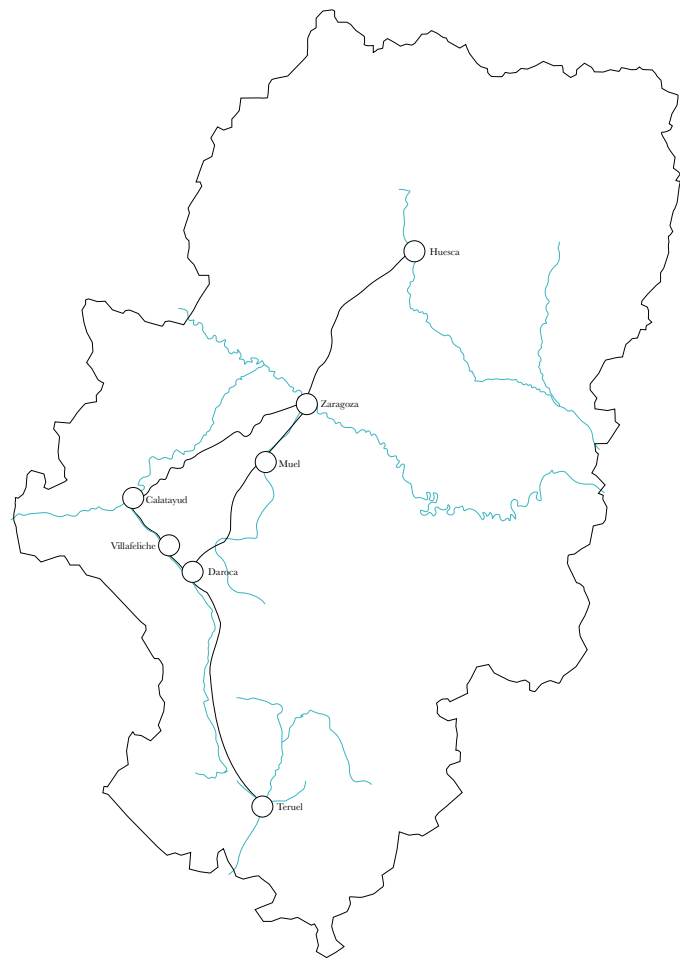
se convierte de nuevo en un cementerio de piezas rotas.

Llegamos al Jiloca y a su izquierda encontramos los obradores del siglo XVII del *Camino de los Hornos a Daroca*, llamado así por coincidir con la traza del camino real hasta esta ciudad. Volviendo hacia el pueblo, vemos la ermita de San Roque todavía en pie a la derecha del camino y a su izquierda la última zona de obradores llamada *San Roque* o *Los Portillos*. La agricultura borró las marcas de estos hornos durante el siglo XIX, cuando los vecinos tuvieron que cambiar la industria por la agricultura y la Vega era la zona más fértil.

Fig. 13 (anterior página)
Cartografía del paisaje de la cerámica.

Fig. 14
Jóvenes recogiendo agua en la Fuente de la Estación con cántaros y botijos, 1958.





Historia

Durante el siglo XV se registran en Villafeliche los primeros alfares. El pueblo tras la reconquista era un señorío dependiente del Marquesado de Camarasa, al que también pertenecían otros centros cerámicos como Muel. El Campo del Toro fue durante la época mudéjar el centro neurálgico de la villa, en la cual se concentraba la actividad comercial²⁰.

Los hornos de producción se encontraban extramuros al igual que ocurría con otras dedicaciones productivas como las Herrerías, pero muy cerca de las puertas de la villa. Los primeros se situaban en la zona del Almacabre, junto al cementerio o maqbara. La fabricación se dividía en dos tipos: texares que fabricaban todo aquello relacionado con la construcción y ollerías que englobaban la vajilla, azulejería e incluso la loza fina.

El primer alfar del que queda constancia histórica es el de Mahoma Arzeca, un ollero musulmán que en 1475 poseía un obrador en esta zona y una tienda en el Campo del Toro. Con la expulsión de los moriscos en el año 1610, los maestros alfareros en su totalidad se marcharon y los hornos fueron vendidos a nuevos habitantes del pueblo que se encargaron de continuar la industria²¹.

Durante el siglo XVII, el gradual ascenso de Villafeliche como alfar causó una rápida expansión en el territorio de los barrios de obradores. Estos lugares fueron creciendo de forma independiente y cayendo en el olvido de forma gradual.

El ya antiguo enclave del Almacabre, ahora conocido como Los Cascos, tuvo mucho menos desarrollo que el resto de barriadas, siendo su obra mayoritariamente la vajilla, es decir, cerámica estannífera. Fue de los primeros focos en quedar obsoleto, a pesar de contar con uno de los lugares en que se extraía la arcilla muy próximo.

Los obradores de San Roque, también llamados Los Portillos, quedaban delimitados por el trazado la acequia de la Villa, el camino real a Daroca y la próxima tejería. La producción en esta zona era muy variada, se fabricaba tanto vajilla como cantarería y ollería, es decir desde la cerámica decorada a la loza común. Esta zona, activa hasta el siglo XX, ha sido estudiada a través de sus cascós por Luis María Llubí i Munné, revelando la gran importancia histórica de este alfar. El llamado Camino de los Hornos en el siglo XVII hace referencia a la barriada construida a continuación de la anterior, en el camino real a Daroca. Esta barriada, dedicada a los tejares, no tuvo mucha pervivencia en el tiempo y su repercusión fue menor²².

En el siglo XVII aparece un nuevo Camino de los Hornos, esta vez en el camino real a Miedes (coincide en su trazado con la antigua carretera a Daroca). Esta zona se componía de Las Canteras y el Barranco de los Hornos. En estas canteras se extraía arcilla de muy buena calidad para la producción cerámica de toda la villa. El Barranco de los Hornos fabricaba en su mayoría loza fina, aunque el trazado de la carretera ha cubierto la mayor parte de los escombros dificultando su estudio.

En el barrio de San Antón, al norte del pueblo, se edificó sobre los antiguos hornos de la Tejería y el Barrio Viejo²³. Lindaba con el trazado de la Acequia de la Villa y la calle Real, probablemente correspondiente a la calle San Antón. Esta zona albergó durante el siglo XVIII los tejares de la villa y obradores de ollería. Los últimos alfareros tenían sus obradores en esta zona, como Santiago Gil Catalán o José Martínez Villarmín (más conocido como el tío Puchericos). Los hornos y métodos se mantuvieron casi idénticos hasta el s XX, cuando estos obradores cerraron.

20. María Isabel Álvaro Zamora, “Inventario de dos casa de moriscos de Villafeliche en 1609: su condición social, localización de las viviendas, tipología y distribución interior, y aiuar”, *Aritgrama* 2 (1985): 95.

21. María Isabel Álvaro Zamora, *Cerámica aragonesa volumen I* (Zaragoza: Ibercaja, 2003), 38. 22. Álvaro Zamora, *Cerámica aragonesa volumen I*, 41. Luis Llubí i Munné realizó una excavación en Villafeliche en 1952, cuyos resultados nunca se llegaron a publicar.

23. Barrio Viejo hace referencia al nombre dado a la zona de los cristianos viejos, topónimo correspondiente al siglo XV.

Fig. 15 (anterior página)
Esquema de otros centros de producción cerámica en Aragón.

Fig. 16 (anterior página)
Montaña de cascós situado en frente del Barrio Viejo, junto a la antigua carretera nacional, 2017.

Fig. 17 (anterior página)
Zona de extracción de arcillas en el Almacabre, 2017.



Arquitectura

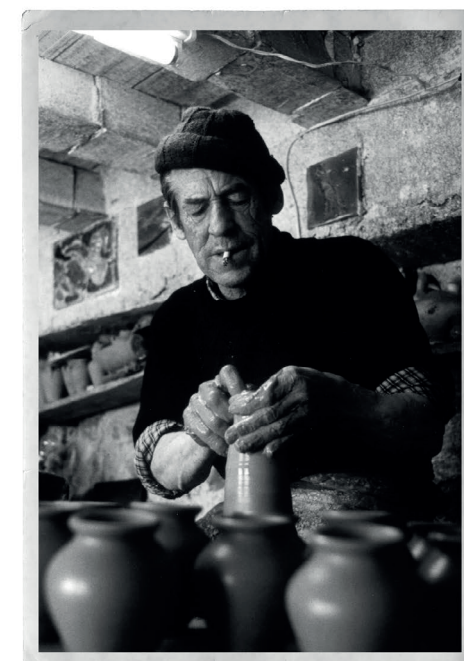
Los alfares de Villafeliche se situaron, al igual que en la mayoría de centros cerámicos, en los arrabales del pueblo, donde el molesto humo de los hornos molestara lo mínimo posible a sus habitantes. Estaban ubicados tanto al norte como al sur, sobre la acequia de la Villa o sobre la Rambla de Vargas y muy cerca de las zonas de extracción de arcilla. Los obradores eran conjuntos de espacios anejos, abiertos y cerrados, cuyas dimensiones y distribución eran variables pero que permitían llevar a cabo todo el proceso productivo e incluso la ventas de las propias obras. Las viviendas de los alfareros se situaban en muchas ocasiones dentro del propio alfar, siendo pequeños espacios donde habitaban familias muy numerosas, muchos de cuyos miembros ayudaban en el negocio²⁴.

Los espacios principales eran el obrador propiamente dicho, lugar en que se hallaban las ruedas y molinos, los almacenes para la tierra, la leña y las piezas ya acabadas, los hornos, las balsas²⁵ y un amplio espacio exterior llamado corral o era. La distribución de estos elementos varió durante las diferentes épocas. La más común entre los últimos conservados hasta el siglo XX en Villafeliche es en forma de L, situados en el barrio de San Antón²⁶.

En este esquema el espacio de mayor amplitud es el correspondiente a la era, espacio exterior de acceso directo desde la calle que servía de distribuidor entre todas las otras piezas. Los hornos para cocer piezas y los almacenes de leña solían estar contiguos, de tal manera que desde el espacio cubierto del almacén se echaba el combustible al horno. En otra zona del corral se hallaba el horno de barniz, a cielo abierto, al igual que las balsas. En la fachada a la calle se encontraban los almacenes de tierra y de las obras acabadas. El obrador se disponía en el brazo interior de la L, pudiendo ser un espacio único o fragmentarse de acuerdo

a las diferentes etapas del trabajo. En el interior se encontraban tornos, ruedas y demás herramientas dependiendo de la especialidad del alfar. La construcción era sencilla, con no más de dos pisos de muros de ladrillo o adobe y cubiertas a dos aguas de madera, cañizo y teja y suelo recubierto de piedra o de barro bizcochado²⁷.

Sin embargo, las ruinas que se conservan en la zona de Los Cascos, al sureste del pueblo, corresponden a una tipología diferente de obradores-cueva. Excavados en la propia montaña, estos obradores aprovechaban la inercia térmica de la tierra para crear un espacio de trabajo agradable tanto en verano como en invierno. La única entrada de luz era la puerta principal, por lo que los tornos se situaban próximos a ella. La humedad de este espacio ayudaba a que el barro alargase su tiempo de utilidad sin tener que volver a amasarlo. El resto de dependencias, tales como almacenes y hornos se hallaban en almacenes exteriores siempre próximos a los obradores²⁸.



24. María Isabel Álvaro Zamora, *Cerámica aragonesa volumen I* (Zaragoza: Ibercaja, 2003), 38.

25. Construcciones en normalmente en piedra a diferentes alturas donde las arcillas se hacían barro con agua y se decantaban hasta lograr separar las de mayor calidad.

26. Podemos ver esta distribución en el alfar de "el Pucherico" a la entrada del pueblo conservado casi al completo con el antiguo horno y en el alfar de Pedro Gil en la calle San Antón, donde quedan en pie los almacenes.

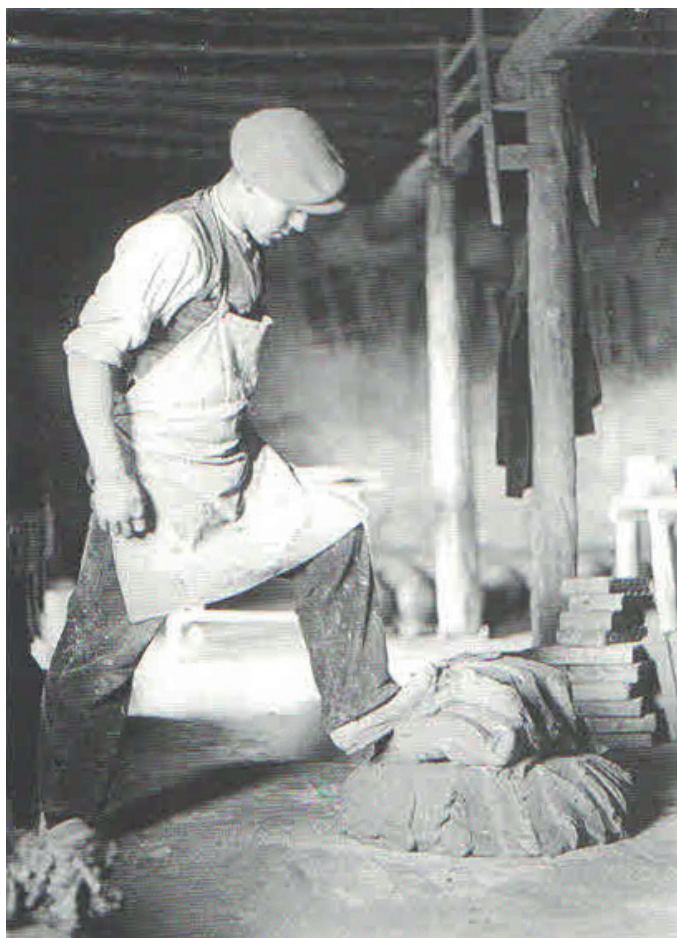
27. Ladrillos de Barro cocidos pero sin barnizar, más resistentes que las piezas sin cocer pero mucho más económicas que las barnizadas.

28. Parte de estas construcciones se mantienen todavía en pie, aunque en muy mal estado, al haberse utilizado durante el siglo XX como pajares.

Fig. 18 (anterior página)
Modelo de obrador en L, planat del Taller de los Hermanos Gorriz en Teruel, 1988.

Fig. 19 (anterior página)
Interior del obrador de Tadeo Esteban, 1960.

Fig. 20
Pedro Gil trabajando en el torno, 1972.



Materia

Las arcillas en Villafeliche se extrajeron durante siglos de las zonas de las Canteras y el Almacabre. Los barro rojizos de la primera se usaron para obrar loza, vajilla fina y común, ollas y azulejos, mientras que la arcilla del Almacabre, de color amarillo pajizo y de mucha más calidad tras la cocción, se empleo únicamente para piezas decoradas de loza fina. La preparación de la tierra extraída comenzaba en los obradores, donde se extendía sobre el suelo y se trituraban los terrones con mazas de madera. Tras convertir la tierra en polvo, se cribaba a través de un cedazo llamado el purgadero y se hidrataba con agua en la primera de las dos balsas. Las balsas, albercas de ladrillo excavadas en el suelo a diferentes cotas, estaban comunicadas entre sí.

En la primera balsa (menor y más profunda) se mezclaban la tierra y el agua, obteniendo el llamado barro de pila²⁹ (no filtrado). Para lograr el barro colado se pasaba a la segunda balsa, con área mayor y más elevada, por medio de una boquera con tomillos o leñas que servía de tamiz eliminando las impurezas que pudiesen quedar en la mezcla. Por último se esperaba a la precipitación de las arcillas en el fondo de la balsa para retirar el agua sobrante, quedando ya el

barro limpio y colado que se llevaba al interior del obrador donde se almacenaba en una zona sombría y enterrada y se mantenía húmedo gracias a trapos mojados que lo cubrían. Allí esperaba hasta que se pudría, adquiriendo la consistencia necesaria para trabajarse en el torno. Durante este tiempo los alfareros amasaban, mediante el pisado, realizado con los pies sobre el suelo del obrador, y el sobado, realizado con las manos sobre una mesa de madera y piedra. Se eliminaban así las sequedades y el aire que pudiesen quedar en el barro, de tal manera que quedaba listo para ser trabajado.

El torno fue el principal útil con el que los alfareros dieron forma al barro aprovechando la plasticidad de la arcilla. La rueda era una obra de carpintería realizada en nogal o pino que constaba de diferentes partes: el torno en sí, la mesa de trabajo y el asiento del alfarero. El torno, también llamado rueda, se conformaba de dos discos de madera unidos por un eje vertical llamado árbol. La rueda inferior, de mayor tamaño y más gruesa, quedaba anclada al suelo y elevada de él, permitiendo al alfarero hacerla girar con el pie. Este giro llegaba hasta el disco superior, en el que con ayuda de las manos, el agua y algunas

29. El barro de pila era un barro usado en elementos constructivos y en cacharrería, mucho más rápido de obtener y la mitad del precio que el barro colado.

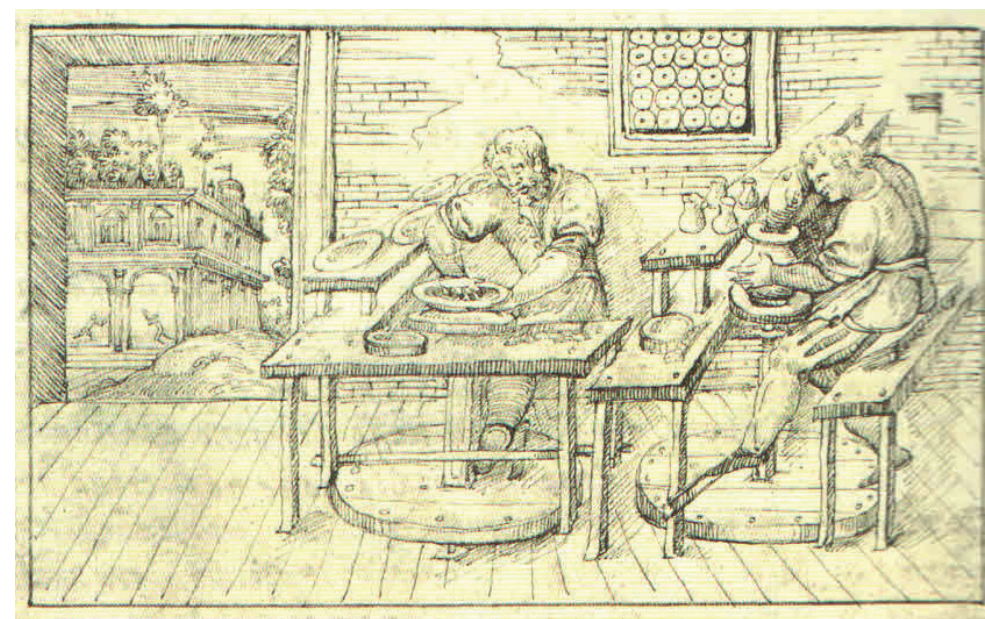
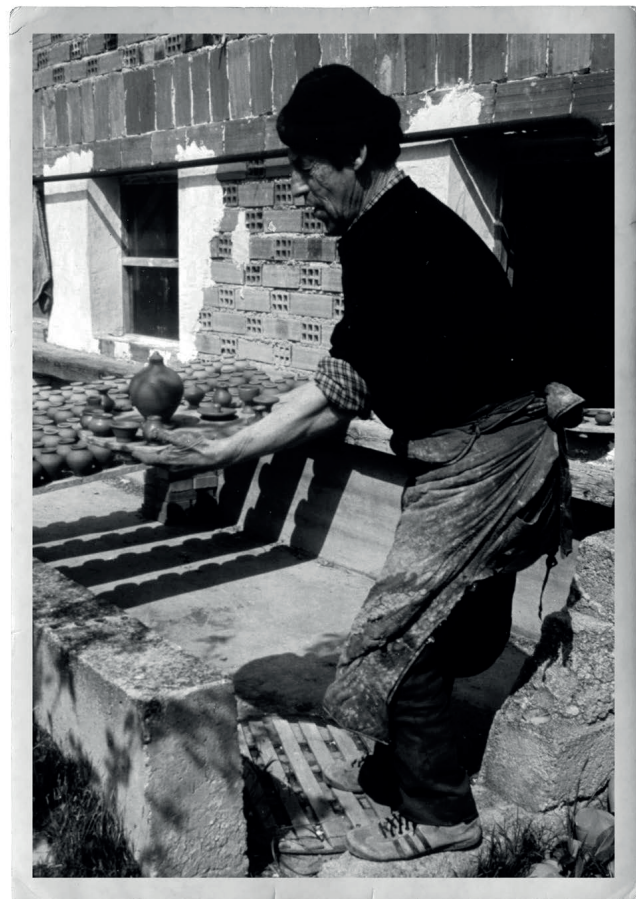


Fig. 21(anterior página)
Pisado el barro en Huesca, 1929.

Fig. 22 (anterior página)
Cribado de la arcilla en Huesca, 1929.

Fig. 23
Dibujo de Cipriano Piccolpasso en que se refleja a los artesanos trabajando el barro en el torno, 1548.



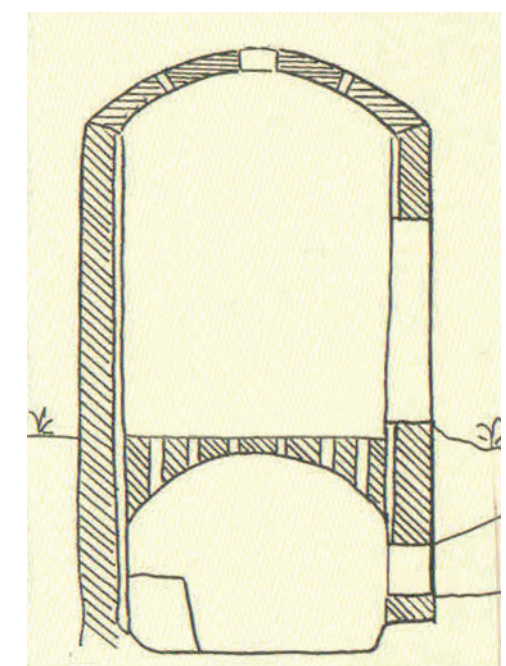
herramientas como el hilo de cortar, se elaboraban las diferentes vasijas. Las piezas de construcción como azulejos, ladrillos o tejas precisaban de utensilios de trabajo específicos. Se realizaban marcos de madera o hierro que se rellenaban de barro para la fabricación seriada de piezas.

Tras secarse las piezas, se disponían en el interior del horno, llamado *árabe* por seguir conservando su estructura medieval. Estas construcciones abovedadas de tiro vertical poseían dos cámaras. La inferior en que se quemaba la leña solía ser cuadrangular y excavada en el terreno, se cerraba con una bóveda de medio cañón sobre la que apoyaba el piso superior. Este segundo piso, llamado *cribillo*, estaba perforado para que el calor y el humo pasasen de un piso a otro. Este espacio de unos 2x3 metros en planta se llenaba con piezas alcanzando la mayor altura posible. Los muros perimetrales se construían con adobe y ladrillo, alcanzando el metro de espesor. La cubierta abovedada contaba con un óculo central y orificios radiales por los que salía el humo. Antes de cocer, se sellaba la entrada al horno con ladrillos y adobe para lograr una estancia estanca.

Una vez realizada la primera cocción o bizcochado, en la que las piezas pierden el agua y se endurecen volviéndose porosas, la cerámica decorada pasaba a ser vidriada con barniz estannífero. Realizado fundamentalmente con plomo y estaño, servía como impermeabilizante. El barniz se obtenía con una mezcla fija entre estos materiales y otros más comunes como arena y sal común que se molían en el Molino Harinero de la Villa, con una rueda mucho mas resistente que permitía lograr un polvo para barnizar extremadamente fino.

El barniz en polvo se mezclaba con agua cuando se iba a vidriar la vajilla realizándose con diferentes técnicas como por inmersión, vertimiento o a pincel. La decoración y el color se añadían después usando óxidos de la zona que se volverían característicos de los primeros periodos. Más adelante el mercado entre los diferentes centros alfareros³⁰ hizo que tanto los motivos como los colores fuesen más variados. Por último, las piezas se volvían a cocer en los ya descritos hornos árabes.

Este proceso de fabricación a penas sufrió cambios desde el siglo XVI a finales de los años 80 del siglo XX, como puede comprobarse al leer los escritos de diferentes épocas. El primer gran avance fue la compra de barro ya refinado, que simplificaba el aparatoso proceso previo a la manipulación de la arcilla. Después, los nuevos hornos de gas permitían cocciones de menos piezas y mucho más cómodas, al poder programar temperatura y tiempo. Por último llegaron los tornos eléctricos, que suponían una mayor velocidad en el modelado y menor espacio ocupado en los talleres.



30. Muel, Teruel, Huesca, Valencia.. incluso motivos orientales a partir del s. XVIII.

Fig. 24 (anterior página)
Plato horneado en
Villafeliche, siglo XVIII.

Fig. 25 (anterior página)
Pedro Gil preparando la
cocción en el horno de leña,
1982.

Fig. 26 (anterior página)
Pedro Gil, colocando las
piezas al sol para dejarlas
secar, 1972.

Fig. 27
Esquema de horno árabe
realizado por Isabel Álvaro
Zamora.

Repercusión

Las arcillas trabajadas en los obradores construyeron el pueblo al completo. Desde las parideras, las iglesias y palacios hasta las vajillas y la cacharrería, la presencia del barro en el pueblo es omnipresente.

La arcilla está presente en diferentes métodos constructivos más o menos nobles. El adobe es el más básico, en el que se mezcla paja con barro para formar ladrillos de gran tamaño que se dejan secar al sol. El tapial, un sistema similar al hormigón en el que se realiza un encofrado de madera y se vierte en su interior arcillas húmedas que son compactadas con un pisón. Tras levantar los muros de adobe, se abrían los huecos a cincel. El ladrillo y la tejería eran los

elementos más elaborados, fabricados y cocidos en los obradores.

La construcción de cualquier edificio, por sencillo que fuese solía combinar diferentes tipos de construcción, usándose el tapial para conformar fachadas, adobe para las divisiones interiores y tejería para las cubiertas y para elementos decorativos en fachadas. Las casas tenían forjados con grandes vigas de madera cubiertas de cañizo y mortero de yeso. Los tejados solían ser a dos aguas, con un sistema similar a los forjados y cubiertas de teja árabe. La vivienda tradicional en Villafeliche tenía tres plantas: la inferior la correspondería al corral y al negocio si lo hubiera; la planta primera sería la noble, donde se encontraban dormitorios y cocinas con hogares; y la superior el granero, lugar siempre aireado donde se conservaban alimentos durante todo el año. Las fachadas y los interiores se encalaban, fundamentalmente con fines higiénicos. Los huecos de las ventanas se pintaban con cal mezclada con azulete, logrando un color añil.

Los edificios o intervenciones más emblemáticos del pueblo no son ninguna excepción. La sillería y la mampostería son más habituales en los basamentos de estas construcciones, pero el material principal continúa siendo la arcilla.

Fig. 28
Construcción de ladrillos de adobe, ya sin enfoscado, 2017.



Castillo

Situado en lo alto del cerro de la Villa, el castillo tiene origen en la época musulmana de la localidad, aunque la traza que existe actualmente es de comienzos del siglo XII, tras la Reconquista cristiana de 1121. El castillo se construye con los mismos materiales que su entorno convertidos en piedra, ladrillo, tapial y adobe enfoscado. Se asienta sobre unas grutas excavadas de gran profundidad en la arcilla que sirvieron como almacén y dicen llegaron a estar conectadas con el río. El castillo tiene una planta trapezoidal de unos 30x14 metros con dos torres, en una esquina la de homenaje de unos 7x7 metros, y en la opuesta un torreón esbelto de menor planta edificado junto al acceso. En el resto de las esquinas sólo se conservan los cimientos.

A sus pies se hallaba la Mezquita del pueblo, construida en ladrillo con orientación este oeste.

Fig. 29
Castillo con la Torre del Trobador en primer plano, 1940.



Iglesia de San Miguel Arcángel

La iglesia de San Miguel se edificó en el siglo XVII en el centro del barrio cristiano de Villafeliche. Desde la Calle San Antón descubrimos la trasera de ladrillo que se rodea hasta llegar a la Plaza de la Iglesia. El alzado principal, es muy sencillo, de fábrica con un pequeño pórtico sobre la entrada.

La torre mudéjar adosada a los pies de iglesia se eleva como un esbelto contrapunto a la portada. La torre de ladrillo se eleva sobre un basamento de sillares. El primer cuerpo, rectangular, tiene una sencilla decoración de en cuatro bandas horizontales en las que el diferente aparejo del ladrillo crea volúmenes y sombras. Aparece en el remate de este cuerpo otra línea

horizontal conformada con azulejos con un diseño vegetal en varios colores. En este volumen se abren pequeños huecos a la escalera interior que no parecen atenerse a ningún motivo ornamental, sino funcional.

El segundo cuerpo de planta octogonal se apoya sobre contrafuertes rectangulares decorados con un aparejo en que el ladrillo aparece girado, creando una apariencia dentada. En los paños de este cuerpo se abren arcos de medio punto. Separando las dos alturas de este volumen aparece un sencillo friso de azulejos de cartabón blancos y verdes, formando una banda de rombos. El remate de la torre es posterior, de finales del siglo XVII, con un nuevo aparejo llamado a tresbolillo y óculos ciegos al interior, sobre el se asienta un chapitel bulboso metálico.

La topografía ascendiente del pueblo hace que la torre se perciba con cercanía desde muchos puntos. Las eras, por ejemplo se elevan a la misma altura que el tejado de la iglesia, ofreciendo unas miradas cercanas a la torre.

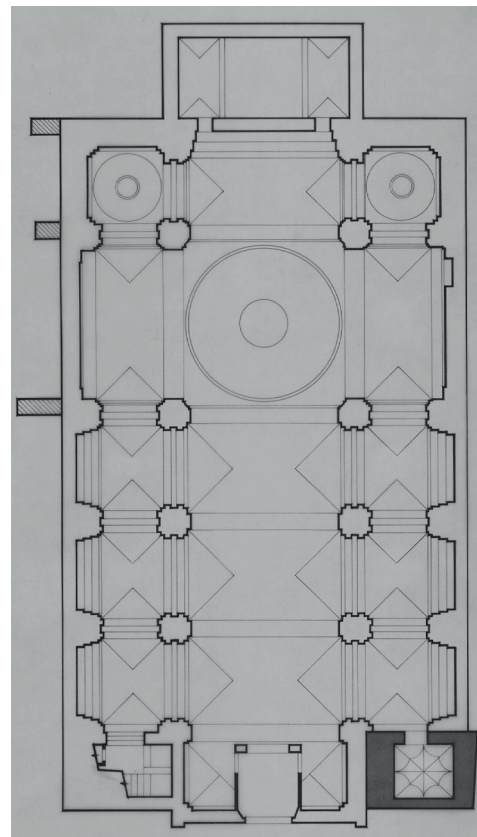


Fig. 30
Plaza Mayor e Iglesia de San Miguel Arcángel, 1938.

Fig. 31
Planta de la Iglesia de San Miguel Arcángel.



Monte del Calvario

El monte Calvario se Villafeliche se sitúa en la colina contigua al castillo, cerca del Barrio Alfaro de San Antón. Esta intervención en el paisaje es difícil de fechar en el tiempo, pues sus sencillas construcciones particulares se han ido renovando y restaurando constantemente. Es una forma de enterramiento de antigua tradición y muy poco común, tanto en Aragón como en España. El camino empieza en la Calle San Antón, en la sencilla ermita de tapial de mismo nombre comenzando a ascender rápidamente hacia el monte. La senda representa el recorrido del vía crucis, práctica de oración cristiana en la que se refieren las diferentes etapas vividas por Jesús desde el momento en que fue aprehendido hasta su crucifixión.

El camino tiene catorce estaciones o paradas, en las que se rezan diferentes oraciones, que coinciden con las capillas funerarias de las familias de Villafeliche. Estas construcciones están fabricadas en su mayoría de tapial o adobe y tienen ligeras cubiertas de madera, con cuyas proporciones mínimas de unos 2x2 metros, apareciendo ubicadas mayoritariamente en las curvas del

camino, entre pinos y encinas. Al llegar al punto más alto del monte existe una ermita de mayor tamaño, en la que hasta finales del siglo XX vivió un ermitaño.



Fig. 32
Mausoleo en el Monte Calvario, 2017.



Fig. 33
Calvario y pueblo desde el monte opuesto, 2017.



Ermita de San Roque

Edificada durante la primera mitad del siglo XVIII, la ermita de San Roque se encuentra en la entrada al pueblo desde Daroca por el Camino Real, en la intersección entre éste y la corredera. El camino rodea la iglesia, comenzando a ganar cota por el monte de Los Cascos hasta llegar al pueblo.

Este tramo del Camino Real formaba parte del Camino de Santiago que pasaba por Villafeliche, lo cual hizo que el pórtico de entrada contase con un lugar cubierto de refugio para los peregrinos. Se encuentra muy próxima al monte aunque lo suficientemente separada para que su planta quede exenta. La planta es cuadrada con cuatro ábsides pentagonales y una cúpula central iluminada por las ventanas del tabor. Se construye sobre un basamento de mampostería mínimo. Los muros de tapial se conservan completos dejando ver las líneas de encofrado, al haber desaparecido el enlucido de yeso. Las cubiertas son sencillas de madera, cañizo y teja árabe.



Ermita de San Marcos

Situada en el camino desde Villafeliche a las Planas, se trata de un templo barroco del siglo XVII. Construido fundamentalmente con tapial, tiene encintados y esquinazos de ladrillo sobre un zócalo de mampostería. Tiene una planta cuadrada con tres ábsides y un pórtico de entrada. En el interior, la planta de cruz griega tiene cuatro pilares centrales para la sujeción de la cúpula central. Entre los dos pilares finales existía una bambalina vegetal de hojas metálicas que enmarcaba la imagen del santo, cerrando el paso a la sacristía. Esta partición y la menor altura de las capillas de los ábsides hacia que la percepción de la imagen. fuese de una planta casi redonda. La relación de esta ermita con su paisaje es muy visual, el color de la tierra de los bancales posteriores a ella es igual al de su paredes ya sin revoco. La capilla se hundió durante un verano de los años ochenta

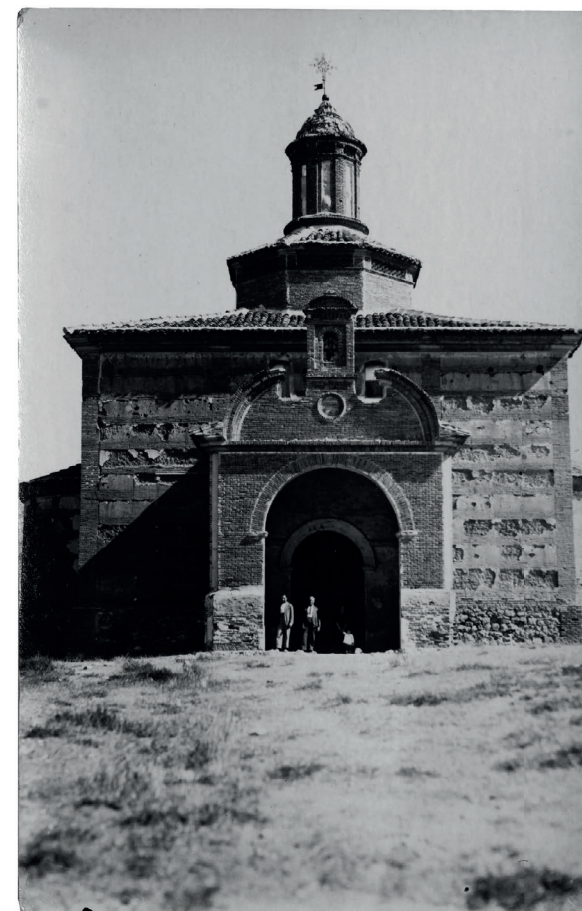
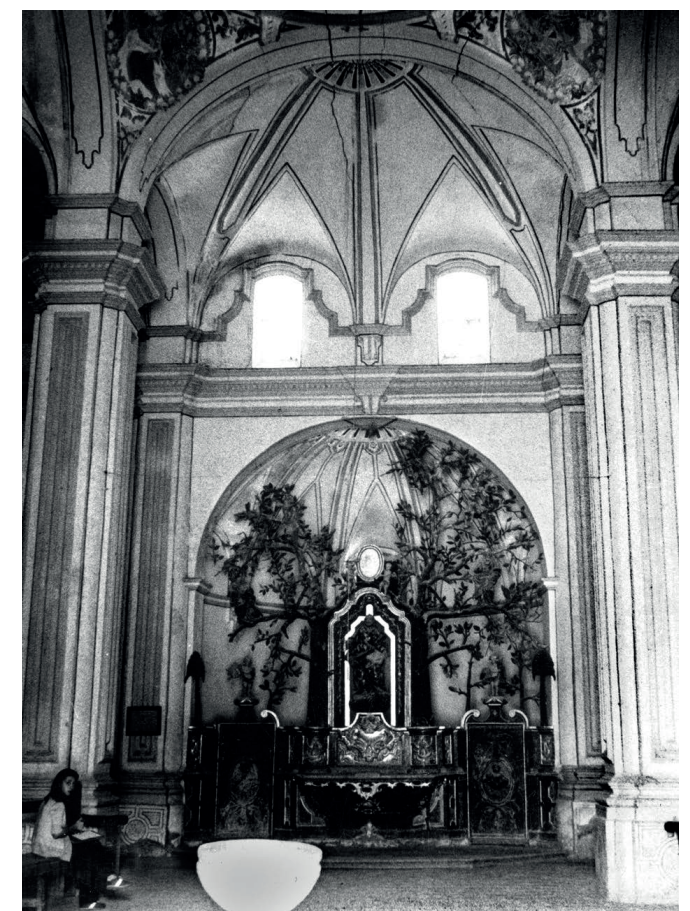


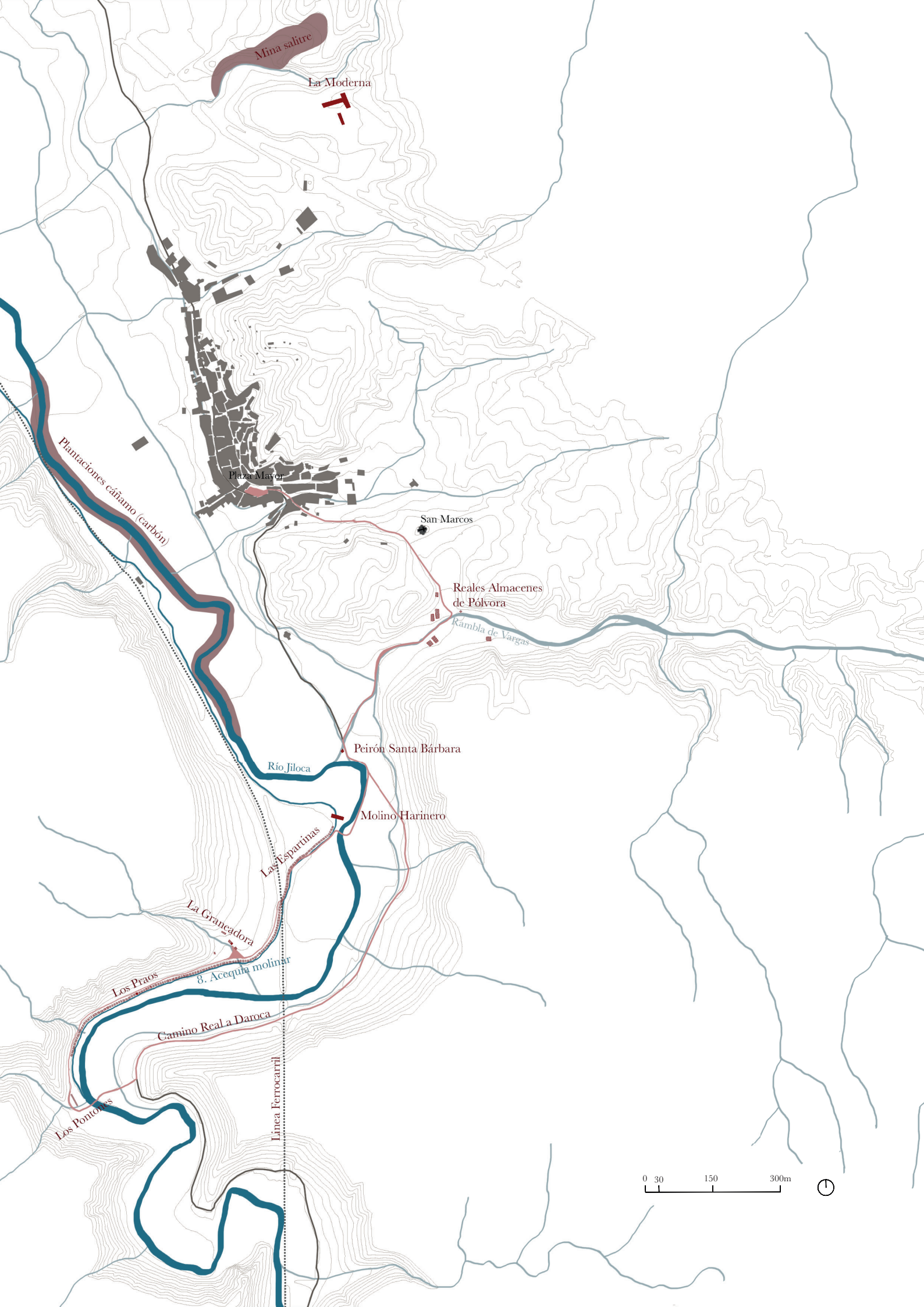
Fig. 34 (anterior página)
Detalle de la portada de tapial y ladrillo de San Roque, 2017.

Fig. 35 (anterior página)
Ermita de San Roque desde campo cercano, 1930.

Fig. 36
Fachada principal ermita de San Marcos, también de ladrillo y tapial, 1925.

Fig 37
Interior de la ermita, 1978.





2.4. El paisaje de la pólvora

El camino a las ruinas de la industria polvorera de Villafeliche comienza en la Plaza Mayor, antiguamente Campo del Toro, en dirección a la Ermita de San Marcos. Bordeando este pequeño monte, aparecen en la intersección con la Rambla de Vargas los Reales Almacenes de Pólvora de la villa, un conjunto de construcciones a dos aguas de tapial, adobe y mampostería en estado casi de ruina, con una pequeña hornacina dedicada a Santa Bárbara, patrona de los polvoristas. La rambla o barranco de Vargas, seco durante casi del año, nos guía hasta el camino de Murero, antigua vía romana y Camino Real, donde aparece un Peirón de nuevo consagrado a Santa Bárbara. El desvío hacia el Molino Harinero no tarda en aparecer y tras él, un puente para cruzar el Jiloca.

Esta construcción marca el inicio de lo que fue el primer tramo de molinos de Villafeliche, de los que apenas quedan restos. Esta zona se conoce como *Las Espartinas*, nombre que pervive desde el s. XVII. La Acequia Molinar es visible al cruzar el molino y siguiéndola a contracorriente el camino que lleva al resto de molinos. Tras cruzar por debajo del ferrocarril comienzan a aparecer nuevos molinos, pero esta vez a una cota inferior al camino, siendo sus restos aún visibles entre las zarzas, encontrándonos ya en la zona de *Los Praos* (los Prados). A mano derecha, en la ladera de menos pendiente aparecen otras construcciones como almacenes de pólvora, *La Graneadora* (lugar donde se graneaba la pólvora) y pequeñas casetas de los empleados donde descansaban a la sombra y sin peligro de ninguna explosión en los molinos. Parte de estas

últimas se han convertido en colmenares lo cual ha permitido que se conserven en pie y podamos ver su sencilla arquitectura de tapial enlucida. Sobre esta ladera se extendían grandes lonas sobre las que se secaba la pólvora al sol.

El camino sigue entre ruinas de molinos hasta llegar a la reconstrucción¹³ de uno de ellos siguiendo la memoria de los vecinos que coincide fielmente con el documentado por José Campillo en 1764. El paseo dura aún unos cientos de metros más hasta que vuelve a cruzar el río por *Los Pontones* para reencontrarse con el Camino de Murero. La nombrada Acequia Molinar nace algo más arriba gracias a un azud que eleva el agua hasta la cota de la acequia y discurre, con muy poca pendiente, hasta Fuentes de Jiloca.

Fig. 38 (anterior página)
Cartografía del paisaje de la pólvora.

Fig. 39
Mariano Martínez y Mártires Gil junto a uno de los molinos de pólvora, 1955.





Historia

La fabricación de pólvora es una industria de tradición mudéjar que continuó tras la expulsión de los moriscos en 1610³⁰. La primera zona de producción se situaba entre el Molino Harinero y el encuentro con la inclinada ladera de San Felipe, pero rápidamente se fue extendiendo hasta el barranco de Valdurera donde se edificó un nuevo puente, llamado los Pontonesm que cruzaba de nuevo al Camino Real hacia Daroca³¹.

La producción había surgido de una manera “espontánea” al encontrarse todos los componentes en la zona y los molinos eran propiedad de diferentes familias que en la mayoría de los casos se dedicaban a otros oficios como la agricultura, la cerámica o la trajinería³².

El mayor crecimiento de esta industria fue en el siglo XVII debido al nombramiento de estos molinos como Las Reales Fábricas de Pólvora: en escritos del siglo XVIII se cuentan más de doscientos molinos de pólvora en esta acequia Molinar. Las Reales Fábricas llegaron a proveer de pólvora a gran parte del imperio llevándose incluso el método de producción a ultramar³³.

Durante los sitios de Zaragoza los molinos fueron asaltados, quedando

muchos destruidos, y pocos años después un accidente voló por los aires algunos de los restantes³⁴. Tras estos episodios, la Corona decidió poner fin a las Reales Fábricas de Pólvora, tanto por el elevado coste de reconstrucción como por la excesiva exposición de su emplazamiento. Al no haber pertenecido nunca a la Corona, los vecinos consiguieron restaurar los molinos y siguieron produciendo pólvora pero a una escala mucho menor. En 1845 Pascual Muñoz escribía sobre el estado de las fábricas y su repercusión sobre el pueblo:

*“un molino harinero y más de doscientos molinos de pólvora en línea, que formaron hasta 1834 la famosa fábrica de pólvora, (...) desatendida por el gobierno que ha mandado desmontar las máquinas, lo que ocasiona la mayor miseria a estos habitantes, viéndose precisados a fabricarla fraudulentamente por un misero jornal”*³⁵

La caída de esta industria supuso la decadencia de todas aquellas relacionadas con ella, de arrieros a alfares. A partir de estos años los vecinos tuvieron que dedicarse a la agricultura y ganadería en mucha mayor medida al ser el único recurso que se mantenía estable. Los últimos polvoreros abandonaron su trabajo en 1961.



30. María Isabel Álvaro Zamora, “La alfarería y producción de pólvora en Villafeliche (Zaragoza): su interrelación y proyección hacia América (Nueva España)”, *Artígrama* 5 (1988): 168.

31. María Isabel Álvaro Zamora, “Conjunto de molinos de pólvora de Villafeliche, siglo XVIII”, María Isabel Álvaro Zamora y Javier Ibáñez Fernández (coordinadores), *Patrimonio Hidráulico en Aragón* (Zaragoza: Aqua), 268.

32. Se llama arriería o trajinería en Aragón a la labor de transportar mercancías, en el caso de Villafeliche en su mayoría las relacionadas con la cerámica o la pólvora, por tracción animal.

33. María Isabel Álvaro Zamora, “La alfarería y producción de pólvora en Villafeliche (Zaragoza): su interrelación y proyección hacia América (Nueva España)”, *Artígrama* 5 (1988): 171.

34. Años 108 y 1861 respectivamente. José Antonio Alonso Sancho, “Calles y paisajes”, Toni Martínez Gil, *Villafeliche, ayer* (Zaragoza: Diputación de Zaragoza), 12.

35. María Isabel Álvaro Zamora, “Conjunto de molinos de pólvora de Villafeliche, siglo XVIII”, María Isabel Álvaro Zamora y Javier Ibáñez Fernández (coordinadores), *Patrimonio Hidráulico en Aragón* (Zaragoza: Aqua), 264.

Fig. 40
Reales Almacenes de pólvora de Villafeliche, desde la Rambla de Vrgas, 1920.

Fig. 41
Los Praos, 1920

Fig. 42
Interior de uno de los molinos, 1920.

Arquitectura

Las Reales Fábricas de Pólvora de Villafeliche tenían un estatus particular debido a la ya existencia de una explotación previa al nombramiento. Los molinos eran propiedad de los polvoristas, que vendían la pólvora a la Corona por un precio pactado y se beneficiaban de construcciones comunes como la oficina y los almacenes cuyos trabajadores sí eran asalariados del Rey. Los molinos eran pequeñas construcciones rectangulares de unos 3x2 metros que discurrían siguiendo el trazado de la Acequia Molinar³⁶.

El camino transcurre desde una cota unos tres metros superior gracias a la cual se veían las sencillas cubiertas a un agua construidas con madera y teja que se contraponen a los fuertes muros de piedra. Entre dos molinos consecutivos se elevaba una capa de protección compuesta por dos muros de piedra y un pequeño espacio entre ellos que se rellenaba con tierra compactada. Este modo de construcción disminuía el riesgo de accidentes que afectarían a más de un molino, ya que en caso de

explosión la cubierta volaba, pero los muros resistían.

Dentro del molino, la descripción y la sección realizada por José Campillo en 1764 nos permite comprobar que durante al menos dos siglos no hubo ninguna diferencia sustancial en las herramientas de fabricación. El molino se abría hacia la acequia mediante una *trapa* por la cual salía el *árbol* hasta el interior que accionaba los *mazos* de madera que golpeaban sobre un mortero de piedra empotrado en la tierra, donde se pulverizaba el producto o mezclaban los ingredientes en un barril que giraba con la misma fuerza motriz. También se encontraban la mesa de granear, el graneador y el cedazo³⁷.

El resto de construcciones, como los almacenes y la oficina se hallaban en un punto medio del camino a los molinos y su construcción era sencilla, de madera y tapial, siendo lo más económica posible. Frente a estos almacenes se hacían otros trabajos que necesitaban de espacio y a menudo de mucho sol.

36. Juan Ramón Bosch Ferrer y Juan José Nieto Callén en “La Real Fábrica de Villafeliche”, José Luis Acín Fanlo (coord.), *Aguaria. Agua, territorio y paisaje en Aragón* (Zaragoza: Diputación Provincial de Zaragoza), 233.

37. María Isabel Álvaro Zamora, “La alfarería y producción de pólvora en Villafeliche (Zaragoza): su interrelación y proyección hacia América (Nueva España)”, *Artigrama* 5 (1988): 174.

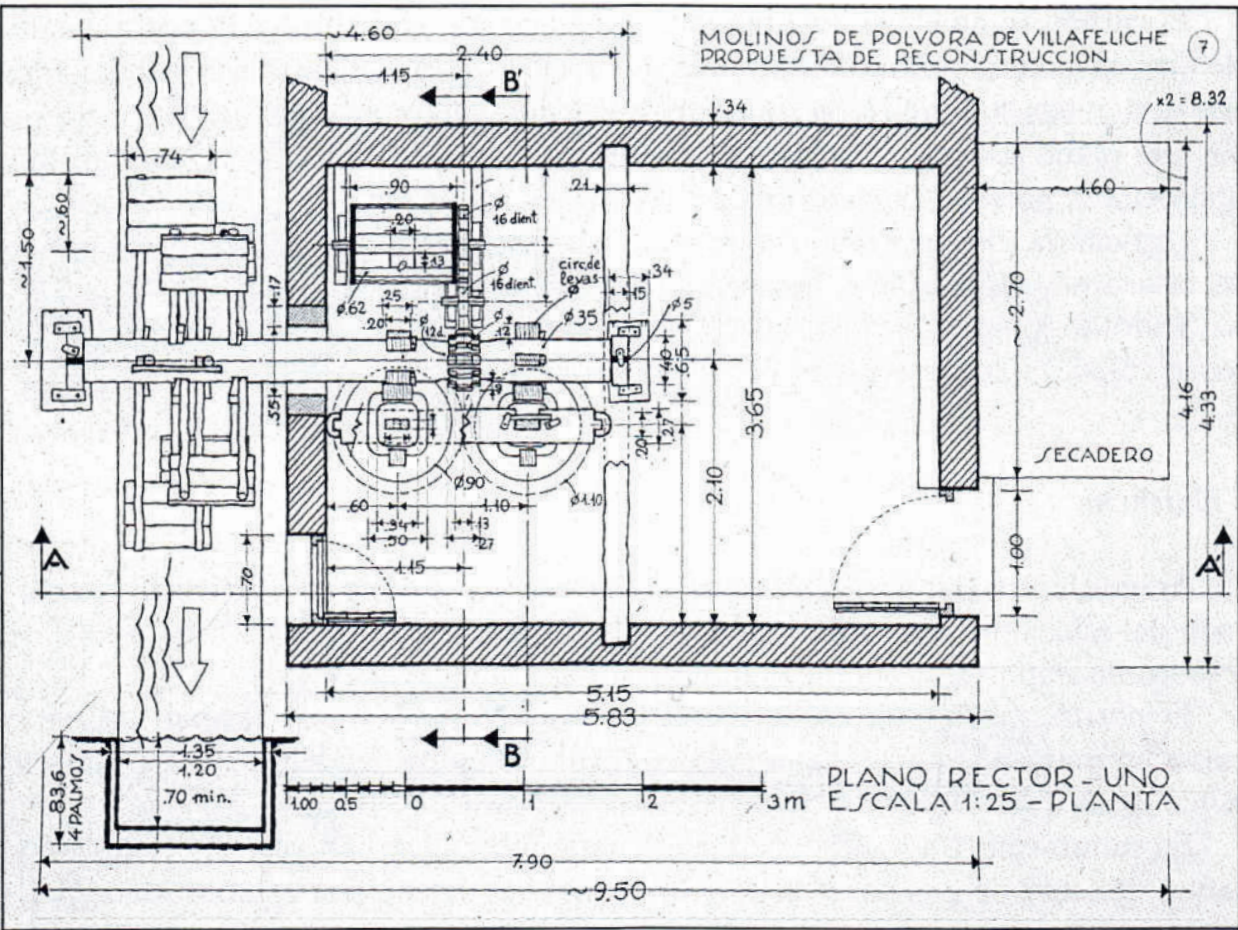
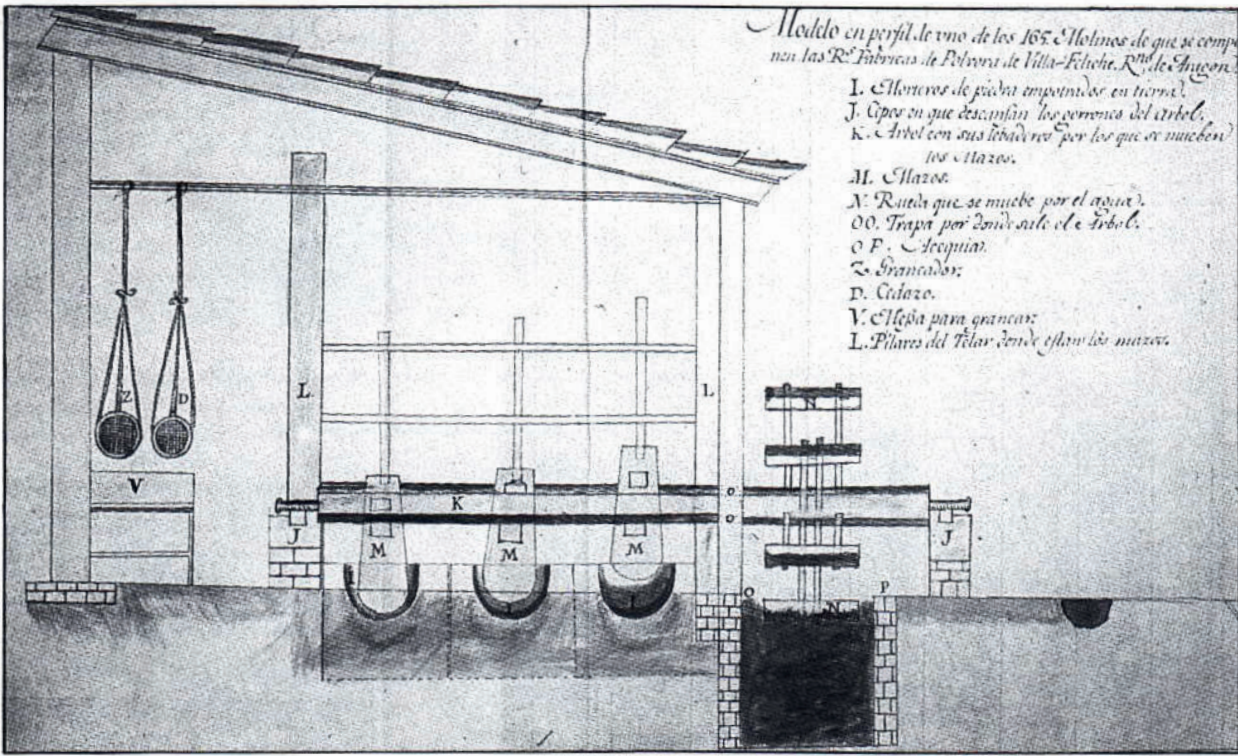
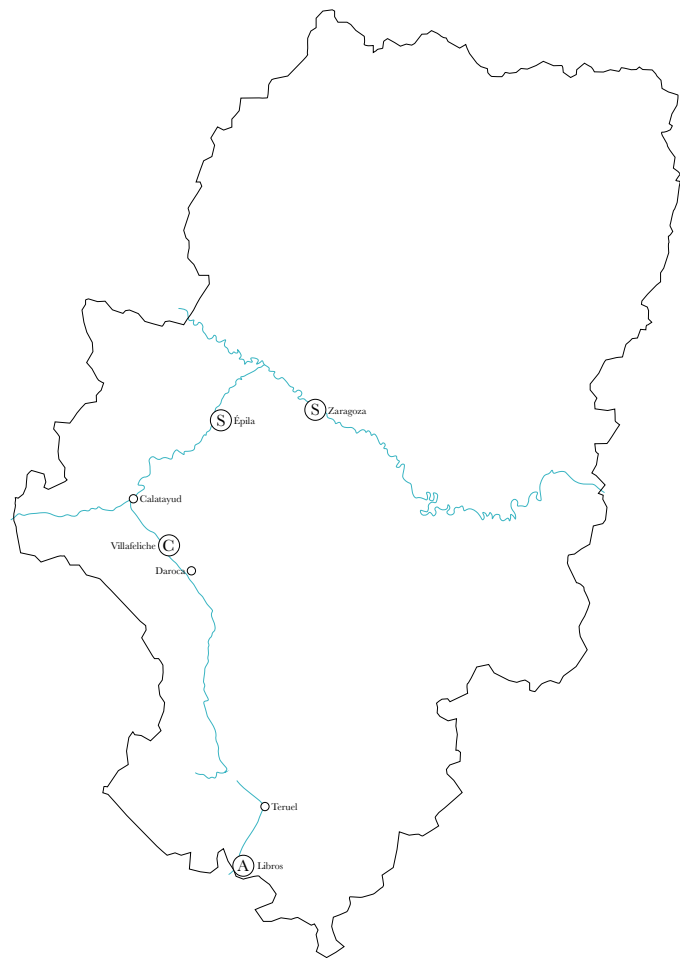


Fig. 43 Sección realizada por José Campillo para la exportación del modelo a América, 1764.

Fig. 44 Planta reconstruida por Juan Ramos.

Fig. 45 Las Espartinas



Materia

Para fabricar pólvora son necesarios azufre, salitre y carbón. De estos tres materiales, el salitre y el carbón se obtenían en el propio pueblo y sólo el azufre debía traerse de fuera. A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, las relativamente cercanas minas de azufre de Libros (Teruel), abastecían de azufre a las fábricas siendo llevado por trajineros hasta Villafeliche³⁸. A pesar de no haber documentación sobre ello, podemos suponer que la cercana, y mucho menor, Mina Nueva Virginia en el pueblo de Lanzuela puede proveer a Villafeliche en los siglos anteriores. El salitre, relacionado con rocas arenosas arcillosas que contengan sales o yeso, se obtendrían al comienzo de una pequeña mina situada al noreste del pueblo³⁹.

No obstante, cuando la producción creció gracias a las Reales Fábricas de Pólvora se traía del almacén Real de Zaragoza, donde se reunía el salitre de todo el Reino de Aragón, incluidos varios vecinos de Villafeliche⁴⁰. El salitre durante esta época se obtenía de desalar el polvo de los caminos y de los escombros de edificios caídos en pequeñas ollas particulares. Este incómodo trabajo

trabajo se veía compensado por un Fuero Artillero, que a cambio de venderlo a un precio preestablecido, les permitía a sus elaboradores quedar exentos de muchas contribuciones en metálico. Por último, el carbón vegetal se fabricaba por los propios vecinos a partir del cáñamo que se cultivaba en la ribera del Jiloca. con la industrialización de el resto del país la pólvora se fue refinando gracias al aporte de nuevos químicos, traídos en su mayor parte de Barcelona, que permitían diferenciar entre pólvora de munición o con fines ingenieriles principalmente⁴¹.

A parte de los elementos fundamentales para fabricar la propia pólvora, la producción de cerámica estuvo durante mucho tiempo relacionada con la pólvora. Muchos de los recipientes y herramientas eran fabricados por los mismos artesanos del pueblo, incluso las ánforas en las que durante siglos se almacenó la producción de pólvora. Surgieron otros oficios relacionados directa o indirectamente con la pólvora, como pequeñas industrias de papel, utilizado únicamente en el pueblo para envolver la pólvora transportada durante el último periodo.



38. Siguiendo los caminos reales que unían Valencia con Daroca y Daroca con Calatayud. Conclusión extraída gracias a los planos de caminos de peregrinos en: Agustín Ubieto Arteta, 2016. *Caminos peregrinos de Aragón* (Zaragoza: Institución Fernando el Católico).

39. Suposición gracias a los mapas geológicos MAGNA del Instituto Geológico y Minero de España, donde se ve una pequeña zona de concentración de salitre, así como una mina abandonada.

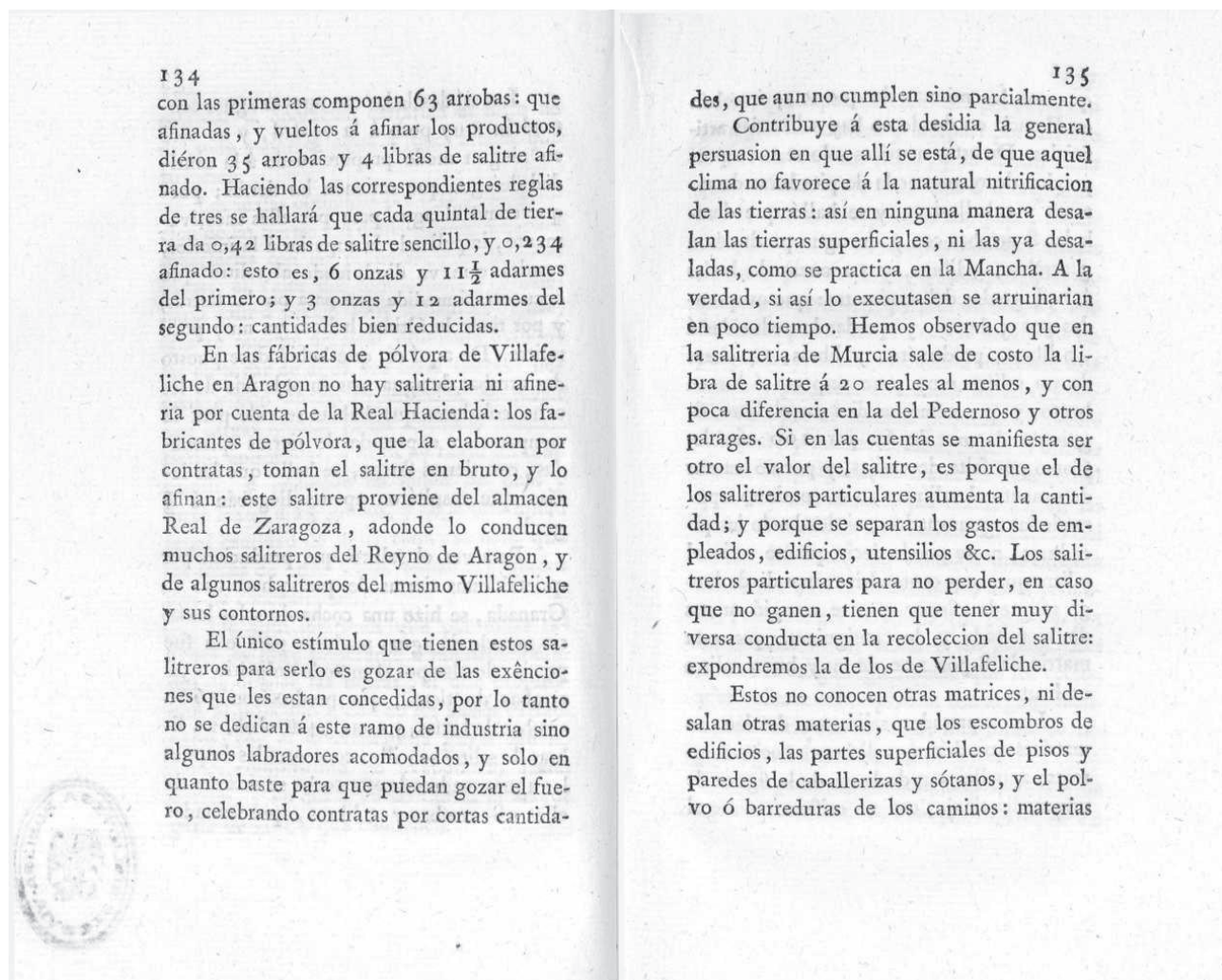
40. Tomás De Morla, *Arte de fabricar pólvora. Libro I* (Madrid: Imprenta Real), 134.

41. Juan Ramón Bosch Ferrer y Juan José Nieto Callén, "La Real Fábrica de Villafeliche", José Luis Acín Fanlo (coord.), *Aguaria. Agua, territorio y paisaje en Aragón* (Zaragoza: Diputación Provincial de Zaragoza), 232.

Fig. 46 (anterior página)
Esquema de la procedencia de Azufre (A), Salitre (S) y Carbón (C) en Aragón.

Fig. 47 (anterior página)
La fabricación de pólvora, Francisco Goya. 1810/1814.

Fig. 48
Secado de la pólvora frente a uno de los molinos de las Espartinas, 1920.



Repercusión

La industria de pólvora pertenecía a todos los vecinos, de los cuales la mayoría poseían al menos un molino, pero la repercusión de esta explotación iba mucho más allá. Además de los polvoristas, carboneros y salitreros y arrieros, la relación con tejedores y productores de papel fue intensa.

Los utensilios utilizados por los polvoristas y arrieros eran construidos por los tejedores, ceramistas normalmente dedicados a la construcción pero que vieron en la pólvora la oportunidad de ampliar el mercado, a pesar de que el transporte se realizaba en papel, el almacenaje provisional en Villafeliche era en tinajas cerámicas. Para dicho transporte en papel, se crearon pequeñas empresas de papeleras, dedicadas exclusivamente a empaquetar la pólvora que salía de allí a todo el reino.

La pólvora no se mantenía durante demasiado tiempo en Villafeliche, si no transportaba con toda la rapidez posible al arsenal o polvorín de Torrero en Zaragoza. Las construcciones de almacenaje eran de un tamaño reducido y separados entre sí para evitar grandes

accidentes como la explosión del Polvorín de Zaragoza en 1895.

Al cerrar las Reales Fábricas de Pólvora, no sólo se perdieron los trabajos directamente vinculados con la producción, si no que Villafeliche pasó de ser un lugar de paso por cuestiones industriales a quedar aislado del resto del reino. Las haciendas y tabernas cerraron al sólo quedar su población rural, mucho más pobre y centrada en el trabajo en el campo. Quienes se resistieron a seguir trabajando en la pólvora cambiaron de lugar, llamando a su empresa La Moderna, a un barranco entre Villafeliche y Montón donde los sistemas se modernizaron, pero que nunca llegaron a producir grandes cantidades de pólvora ni tener mayor repercusión en el pueblo.

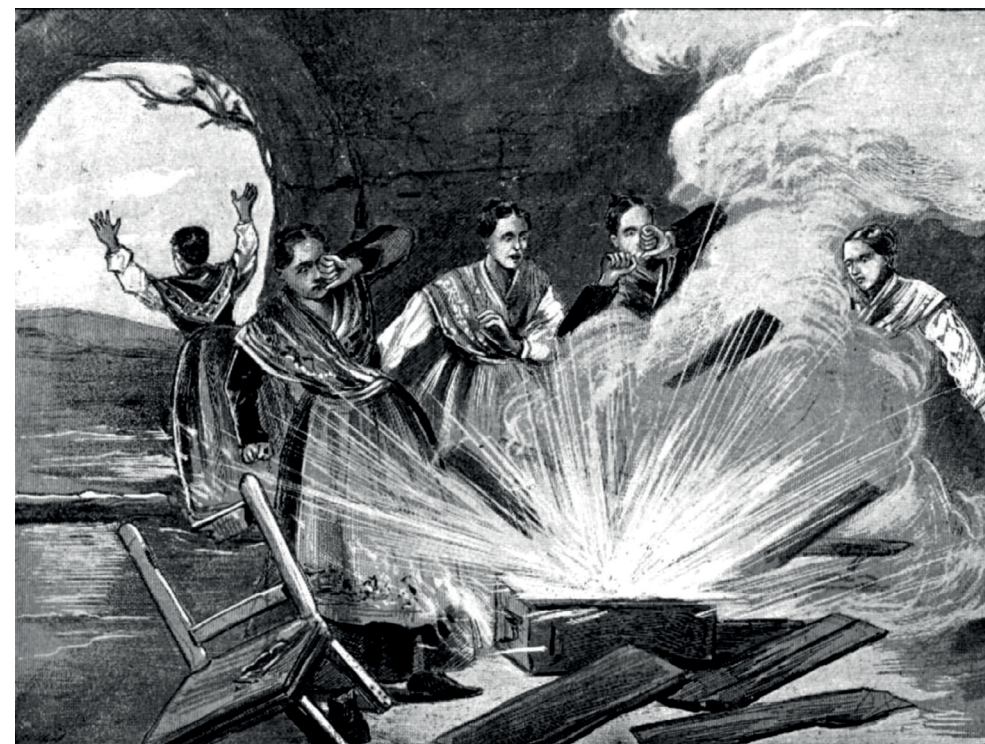
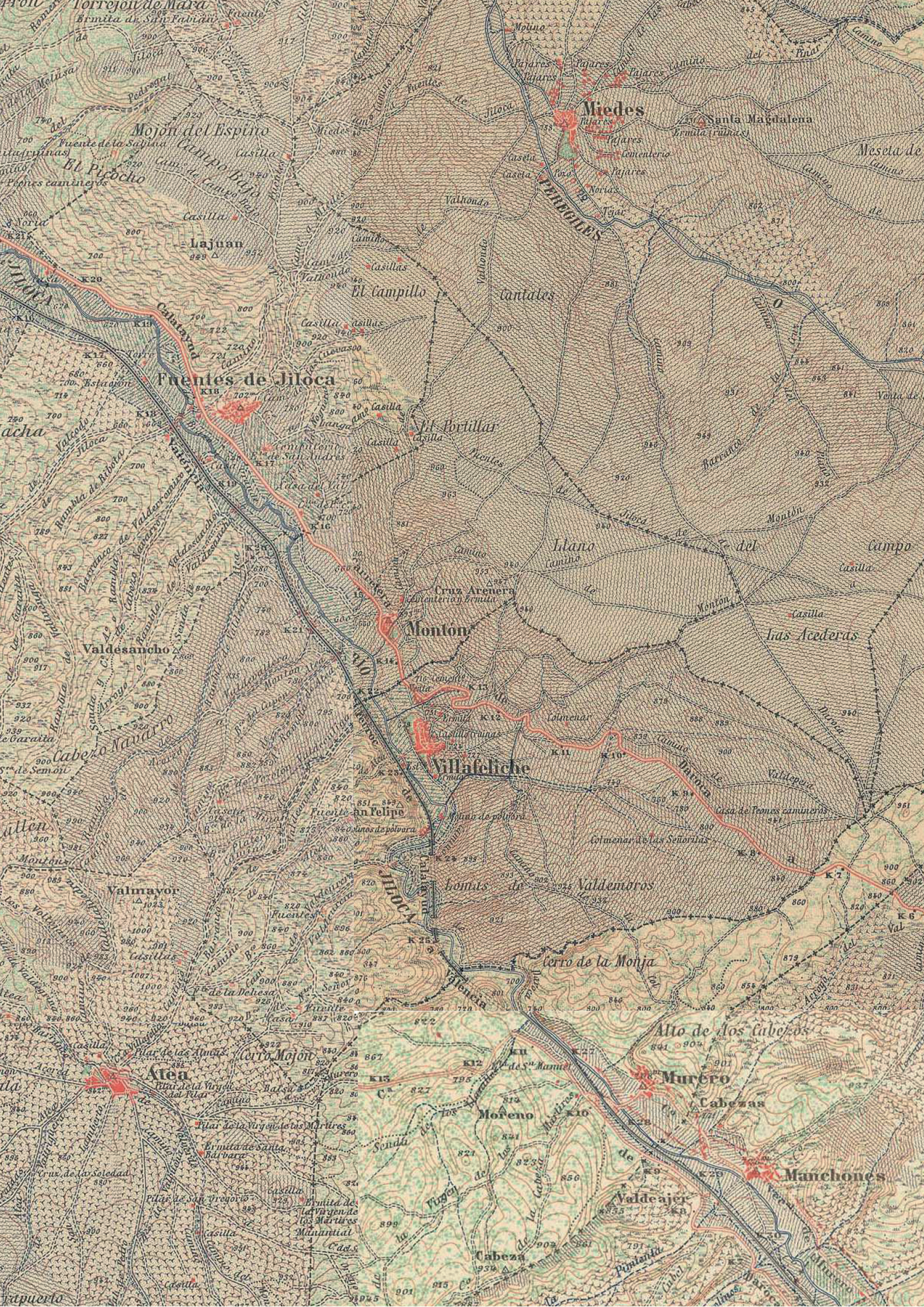


Fig. 49
Lata de pólvora de La Moderna.

Fig. 50
Interior del libro *Arte de Fabricar Pólvora* escrito por Tomás de Morla, 1800.

Fig. 51
Ilustración sobre un accidente con la pólvora ocurrido en Zaragoza en la revista *La Ilustración Ibérica*, 1895.



3. El paisaje desde la lejanía.

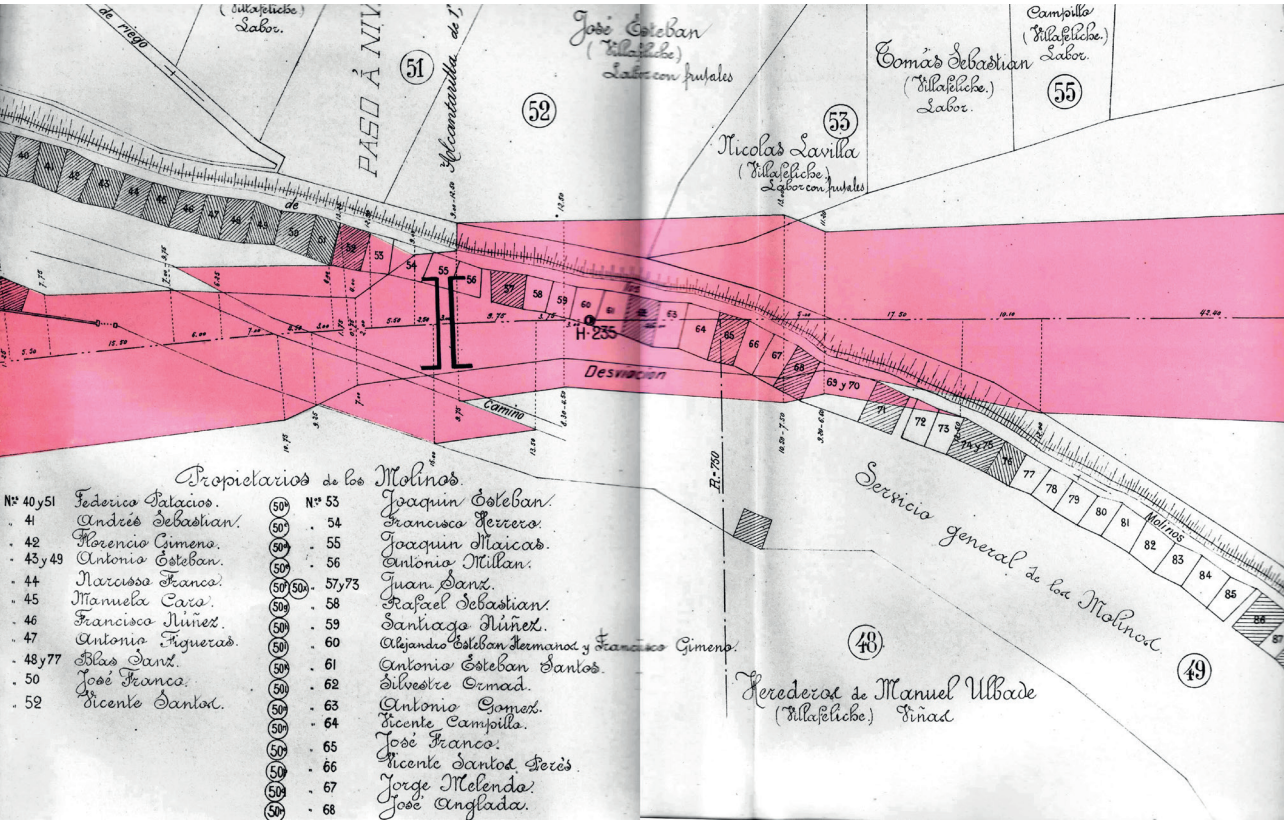
A partir del año 1900 la vida de Villafeliche cambió radicalmente. Hasta entonces su historia se explicaba en relación a su territorio inmediato y las relaciones con las ciudades eran lejanas y particulares. La economía era básica, de supervivencia y todas sus industrias habían sido profundamente artesanas. La revolución industrial y otros cambios que torcieron el rumbo de la historia siglos antes parecían no haber tenido ninguna repercusión en el valle del Jiloca. A principios del siglo XX el territorio empezó a transformarse de una forma nueva y desconocida, pues no era para intereses propios y, más o menos inmediatos, si no que se trataba de infraestructuras nacionales que cruzaban el pueblo. Estos servicios, al contrario de lo que se creía, no trajeron

más población al pueblo, si no que dieron la posibilidad a los que ya vivían allí de salir.

La construcción del ferrocarril Sagunto-Burgos comenzó en 1896, inaugurándose en 1901. El tramo entre Villafeliche y Murero fue uno de los más complicados de toda la línea debido a la estrechez del valle del Jiloca durante esos kilómetros y a la existencia de los molinos de pólvora en ese enclave. El paso del ferrocarril obligó a expropiar veintidós molinos de pólvora de sus propietarios, quedando así la primera zona de molinos casi inutilizada, y a tomar medidas de protección para evitar que las chispas del ferrocarril saltasen a los molinos y provocar graves accidentes. Las principales medidas tomadas fueron

Fig. 52
Primer MT50, unión de las
hojas correspondientes al
Municipio de Villafeliche,
1919.

Fig. 53
Plano de la expropiación
de los molinos de pólvora
debido a la construcción del
ferrocarril, 1899.





expropiar los molinos que estaban a menos de veinte metros del paso de las vías y la construcción de un muro de piedra de cincuenta metros de longitud que sirviese de barrera entre los molinos y el tren. La expropiación de los molinos sumada al cierre de las Reales Fábricas de Pólvora cuarenta años antes hizo que la producción de pólvora casi quedase reducida a la nada. Algunas décadas más tarde se abrió al norte del pueblo una nueva fábrica de pólvora, *La Moderna*, con un sistema de producción más moderna y con una estructura más convencional, que sin embargo, con el mercado capitalista del siglo XX no tardó en desaparecer⁴².

La siguiente gran infraestructura fue la carretera nacional de Sagunto a

Burgos, que abandonaba el trazado del camino real entre Villafeliche y Daroca por ser fácilmente inundable y angosto. Al contrario que en el resto de pueblos de la ribera, la carretera no cruzaba Villafeliche, rodeándola y cubriendo lo que fue la mayor cantera de arcilla de la villa y cortando la sencilla comunicación entre las planas y barrancos en los que se plantaban frutales, como es caso de *El Regacho*. Los últimos dos pueblos, Murero y Manchones, que con el camino real se leían como parte de la comunidad que representaban los pueblos de la ribera del Jiloca, quedaron completamente aislados, pues para llegar a ellos debía tomarse un desvío desde la carretera principal. Los caminos se descuidaron, hasta servir sólo como espacio de paso para los trabajadores del campo.

42. Carlos Sanz Aguilera, *Historia del Ferrocarril Central de Aragón* (Zaragoza: Delegación del Gobierno de Aragón, 2010), 101-103.

Fig. 54
Fotografía de los dos primeros túneles entre Villafeliche y Murero durante las obras, 1900.

Fig. 55
Plano de la primera propuesta de túneles, con tres en vez de cuatro, 1871.





Estos cambios del territorio próximo a Villafeliche hicieron que las relaciones rurales de autoconsumo desaparecieran y que los planes de repoblación que aparecieron tras la Guerra Civil, no evitaran la migración a las ciudades. Al igual que en toda la provincia de Zaragoza, casi todas las migraciones fueron a la propia capital y a Barcelona. La mayoría de quienes emigraron eran padres y madres de familia entre los 30 y los 40 años, que llevaron consigo a sus hijos y padres. Al marcharse quienes pudieron conservar no sólo su casa, sino también las tierras que trabajaban durante el verano y subcontratando jornaleros el resto del año. Los círculos de relación de quienes se marcharon siguieron siendo los mismos que en el pueblo de origen: familiares y amigos de infancia que corrían la misma aventura y pena. La adaptación de la “segunda generación” fue sencilla, y muchos pudieron incluso llegar a la universidad, algo que una generación anterior hubiera resultado impensable. Los más mayores, los abuelos, fueron quienes peor llevaron estos cambios. Lejos sus casas y sus paisajes no se encontraban a sí mismos pues toda la vida que conocían carecía de sentido en las grandes ciudades en las que vivían.

Al llegar el verano, la vuelta al pueblo suponía largos viajes, donde toda la familia se encerraba en un pequeño coche y pasaba horas recorriendo los kilómetros que separan, en el caso de mi familia, la costa de Barcelona de la vega de Villafeliche. La llegada al hogar era acogida como un día de fiesta entre los vecinos, en los que se celebraban las reuniones de familiares y amigos. El dinero que habían ganado en la ciudad lo invertían en enlucir y arreglar sus casas y corrales. El pueblo salía de su economía de supervivencia y se convertía en un lugar de recreo.

La siguiente generación, a la que pertenezco, nacimos y crecimos en las ciudades. Durante toda nuestra infancia escuchamos con atención la historia de nuestros abuelos convertida en cuentos infantiles. Narraban la vida de nuestros abuelos y padres transcurrir entre el pueblo y la ciudad, creando un *paisaje soñado* mucho mejor que el del resto de cuentos pues estos lugares los podíamos pasear.

Durante estos años fuimos trabando -al menos muchos de nosotros- una nueva y estrecha relación con las calles y las tierras que pisaron nuestros antepasados, las mismas que hoy todavía hollan nuestros pies. También nosotros dejaremos huellas.



Fig. 56
Fachada a la Vega, con poyo de madera y viña, 2017.

Fig. 57
Bisabuela Pepita paseando por las Ramblas de Barcelona, 1972.

Fig. 58
Niños jugando a la entrada del pueblo, en la zona de obradores ya abandonada, 1970

4. Bibliografía

Paisaje y arquitectura

Acín Fanlo, José Luis. 2006. *Tras las huellas de Lucien Briet : Soberbios Pirineos*. Zaragoza: Prames.

Cerdà, Paco. 2017. *Los últimos. Voces de la Laponia española*. Logroño: Pepitas.

Corner, James y MacLean, Alex. 1996. Taking measures across American lanscape. Nueva York

Corner, James. 1999. “The Agency of Mapping: Speculation, Critique and Invention” Denis Cosgrove, ed. *Mappings*, 214-252. Londres: Reakton Books.

Del Molino, Sergio. 2016. *La España vacía. Viaje por una España que nunca fue*, 2ª ed. Madrid: Turner Noema.

Díez, Carmen y Ricardo Lampreave, ed. 2014. *LIFE+ TERUEL. Recuperación del entorno de las arcillas*. Teruel: Ayuntamiento de Teruel.

Faculdade de Arquitectura, Universidade do Porto, 2016. *Território: Casa comum, Morfologias e Dinâmicas do Território*. Oporto: Universidade do Porto.

Fatás, Guillermo, coord. 1982. *Guía histórico artística de Zaragoza*. Zaragoza: Delegación de Patrimonio Histórico-Artístico del Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza.

Fernández Alba, Antonio. 1962. “Arquitectura de la cal”, *Arquitectura 46* (octubre): 6-21.

Fernández Alba, Antonio; Moya Blanco, Luis; Inza Campos, Francisco. 1962. “Arquitectura anónima en España”, *Arquitectura 46* (octubre): 3-5.

García García, Miriam. 2012. “Cartografías de los valores intangibles del paisaje”, *Paisea 23* (diciembre): 96-103.

García García, Miriam. 2013. “Escrito en el lugar. Valores intangibles del paisaje”, *¿ARCH 01: Las trazas del lugar*: 36-47.

Inza Campos, Francisco. 1962. “Arquitectura del barro”, *Arquitectura 46* (octubre): 39-47.

Llamazares, Julio. 1988. *La lluvia amarilla*. Barcelona: Seix Barral.

Martínez Santa-María, Luis. 2011. *El libro de los cuartos*. Madrid: Lampreave.

McHarg, Ian L. 2000. *Proyectar con la naturaleza* [*Design with nature*. 1969]. Barcelona: Gustavo Gili.

Moya Blanco, Luis. 1962. “Arquitectura de la lluvia”, *Arquitectura 46* (octubre): 23-37.

Rossi, Aldo. 1971. *La arquitectura de la ciudad* [*L'architettura della città*, 1966]. Barcelona: Gustavo Gili.

Rudofsky, Bernard. 1964. *Architecture without architects. A short Introduction to Non-Pedigreed Architecture*. Nueva York: University of New Mexico Press.

Rudofsky, Bernard. 1977. *The Prodigious Builders*. Londres: Secker & Warburg.

Villafeliche (historia y arte)

Álvaro Zamora, María Isabel. 1975. La cerámica de Muel : aportaciones para el estudio de otros alfares aragoneses. Tesis doctoral. Departamento de Historia del Arte, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza.

Álvaro Zamora, María Isabel. 1985. “Inventario de dos casas de moriscos en Villafeliche en 1609: su condición social, localización de las viviendas, tipología y distribución interior, y ajuar”, *Artígrama 2*: 95-110.

Álvaro Zamora, María Isabel. 1988. “La alfarería y producción de pólvora en Villafeliche (Zaragoza): su interrelación y proyección hacia América (Nueva España)”, *Artígrama 5*: 167-184.

Álvaro Zamora, María Isabel. 1988. *Cerámica Aragonesa, vol I*. Zaragoza: Ibercaja.

Álvaro Zamora, María Isabel. 1988. *Cerámica Aragonesa, vol II*. Zaragoza: Ibercaja.

Álvaro Zamora, María Isabel. 1988. *Cerámica Aragonesa, vol III*. Zaragoza: Ibercaja.

Álvaro Zamora, María Isabel. 2008. Conjunto de molinos de pólvora de Villafeliche, siglo XVIII. María Isabel Álvaro Zamora y Javier Ibáñez Fernández (coord.). *Patrimonio Hidráulico en Aragón*, 262-269. Zaragoza: Aqua.

Bosch Ferrer, Juan Ramón y Juan José Nieto Callén. 2006. La Real Fábrica de Villafeliche. José Luis Acín Fanlo (coord.). *Aquaria. Agua, territorio y paisaje en Aragón*, 231-239. Zaragoza: Diputación Provincial de Zaragoza.

García Marco, Francisco Javier. 1988. Comunidades mudéjares aragonesas del Jalón medio y del Jiloca en el siglo XV. Tesina de licenciatura. Departamento de Historia Medieval, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza.

García Marco, Francisco Javier. 1993. *Las comunidades mudéjares de Calatayud en el siglo XV*. Calatayud: Centro de estudios bilbilitanos, Institución Fernando el Católico.

De Morla, Tomás. 1800. *Arte de fabricar pólvora. Libro I*. Madrid: Imprenta Real.

Martínez Gil, Toni. 2017. *Villafeliche, ayer*. Zaragoza: Diputación provincial de Zaragoza.

Sanz Aguilera, Carlos. 2010. *Historia del Ferrocarril Central de Aragón*. Zaragoza: Gobierno de Aragón.

Ubieto Arteta, Agustín. 2016. *Caminos peregrinos de Aragón*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico,

Urzay Barrios, José Ángel. 2005. *Cultura popular de la Comunidad de Calatayud vol. 2*. Calatayud: Centro de estudios Bilbilitanos de la Institución Fernando el Católico.

Instituto aragonés de estadística. 2017. Estadística Local de Aragón. Ficha territorial. Municipio: Villafeliche.

5. Anejo: Fotografías ayer y hoy.

Inspirada por el libro *Tras las huellas de Lucien Briet: Soberbios Pirineos*⁴³ de José Luis Acín Fanlo, este capítulo trata de mostrar como el territorio ha cambiado en menos de 100 años. Tomando como modelo fotografías de las calles y parajes del pueblo de fotografos anónimos del Libro Villafeliche, ayer de Toni Martínez⁴⁴, copié los encuadres y miradas para traerlos al presente.

43. José Luis Acín, *Tras las huellas de Lucien Briet : Soberbios Pirineos* (Zaragoza: Prames, 2006).

44. Toni Martínez, *Villafeliche, ayer* (Zaragoza: Diputación Provincial, 2017).

Im. 59 y 60
Vista completa del pueblo
1940 y 2016, respectivamente





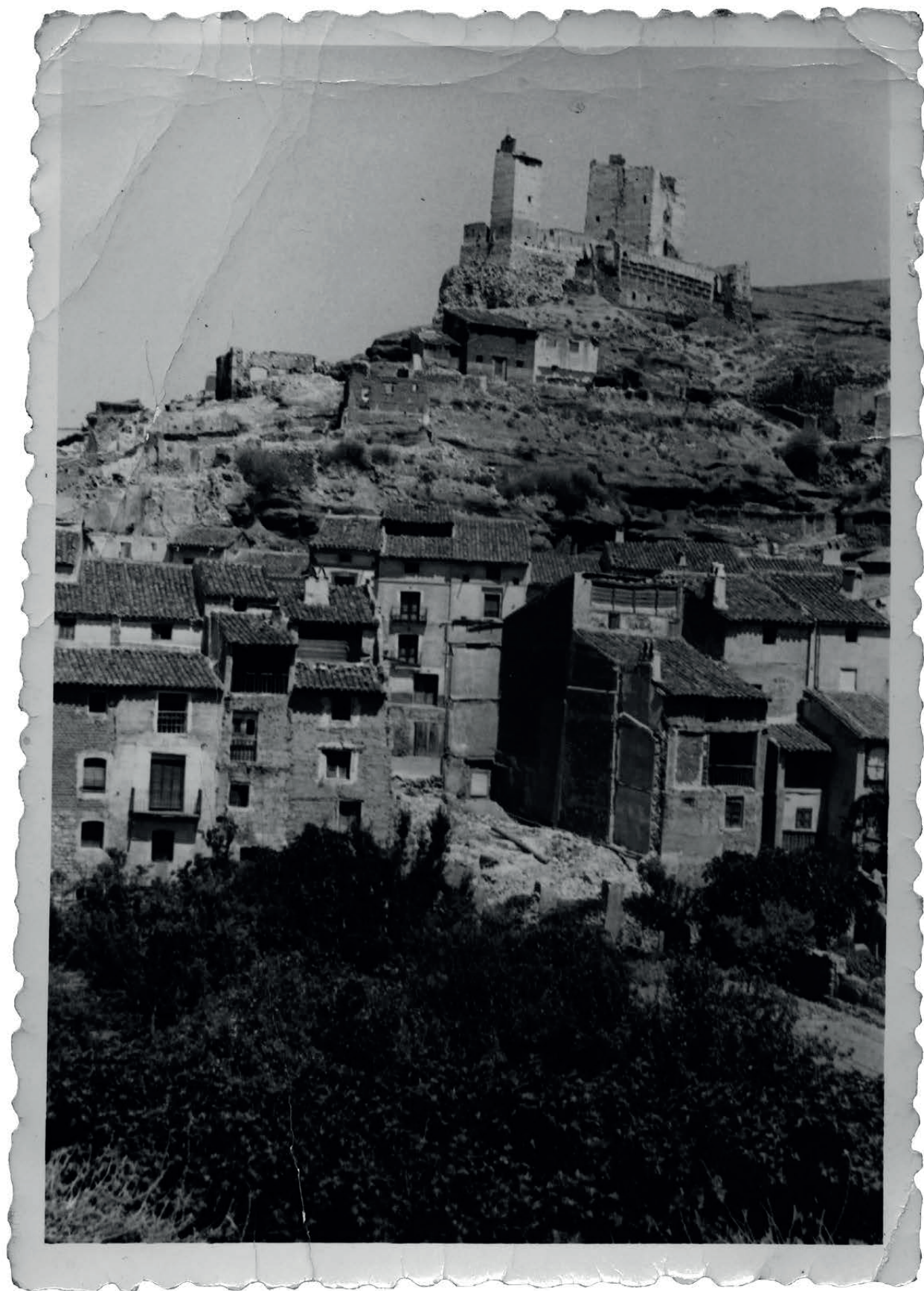
Im. 61 y 62 Plaza de la Iglesia 1938 y 2017, respectivamente.



Im. 63 y 64 Cale Mayor, 1920 y 2017, respectivamente.



Im. 65 y 66 Subida al Ecce Homo, 1940 y 2017 respectivamente.



Im. 67 y 68 Vista del pueblo desde el Barranco del Ojo, 1955 y 2017 respectivamente.



Im. 69 y 70 Ermita de San Roque, 1930 y 2017 respectivamente.



Im. 70 y 71 Camino a San Marcos, 1900 y 2017 respectivamente.



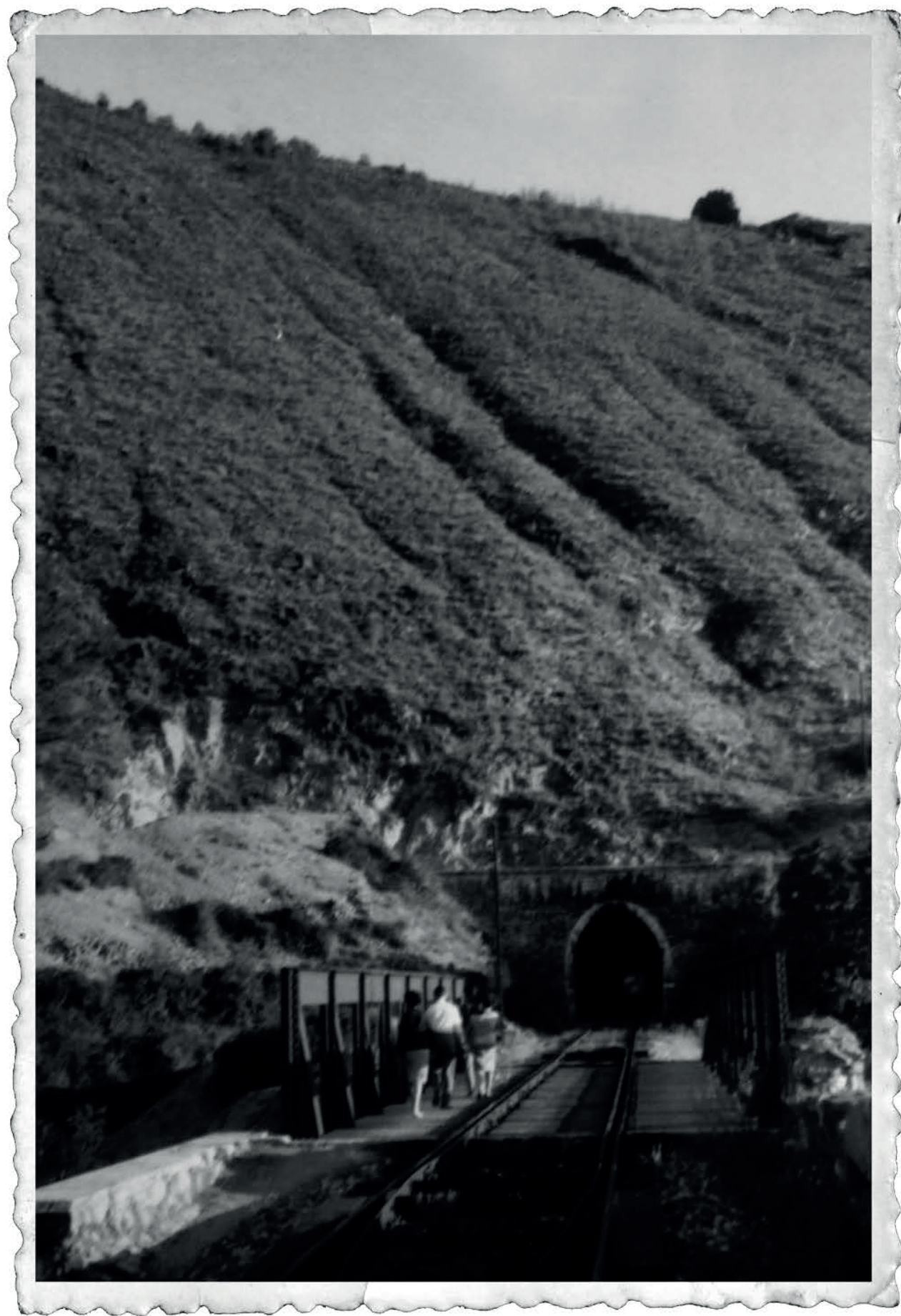
Im. 72 y 73 Reales almacenes de pólvora, 1920 y 2017 respectivamente.



Im. 74 y 75 Acceso a las Reales Fábricas de Pólvora, 1920 y 2017 respectivamente.



Im. 76 y 77 Molinos de los Praos, 1920 y 2017 respectivamente.



Im. 78 y 79 Puente de hierro y primera mina del ferrocarril hacia Murero, 1965 y 2017 respectivamente.